

**“El delincuente
el vaso de leche, el
colo-colo
y otros cuentos”**

Manuel Rojas

**“Uso exclusivo Vitamet,
Biblioteca virtual 2002”**

INDICE

Soy hombre, soy pueblo, he vivido	9
EL DELINCUENTE	15
EL VASO DE LECHE	35
UN MENDIGO	47
EL TRAMPOLÍN	59
EL COLO-COLO -	71
LA AVENTURA DE MR. JAIVA	89
PEDRO EL PEQUENERO	105
UN LADRON Y SU MUJER	121
LA COMPAÑERA DE VIAJE	137

SOY HOMBRE, SOY PUEBLO, HE VIVIDO

DE PURO vivir y contraer muchas veces el peligro de la muerte; de tanto amor y ensueño, de todos los desvelos que acontecen, de aquello que no registra la historia, porque es mínimo hecho o gesto o- insinuación leve; en *fin*, de cualquier intensidad en que el hombre y la mujer puedan hallarse: una memoria, algún silencio donde vienen a descansar tantas presencias, o en aquella condición de pobreza que afecta lo más digno de cualquiera, el preciso y, a la vez, indefinido modo de conducta encarnado por el sentido común provocando una experiencia que recoge la dicha y la desgracia, el sueño y la negación, el día y la noche, la soledad y la compañía, Se fueron haciendo las palabras de estos cuentos.

Sí, de ser hombre, de ser pobre y haber vivido demasiado están escritos cada uno de estos cuentos.

El delincuente, primer relato del volumen, deja en evidencia uno de los aspectos medulares en la narrativa de Manuel Rojas y en la tendencia toda del realismo urbano, cual es la importante estatura del ambiente físico donde el personaje se impregna de los rasgos del entorno hasta mimetizarse con el desteñido color de las paredes de oscuros aposentos, con el vestuario raído; en suma, con una vida que se inclina crecientemente en menos.

"Yo vivo en un conventillo. Es un conventillo que no tiene de extraordinario más que un árbol que hay en el fondo de su patio, un árbol corpulento, de tupido y apretado ramaje..." Así es, la vida parece no mostrar en sus peripecias nada extraordinario, aunque de vez en cuando algo ronde con cara de tristeza o de luto o de alegría mezclada a tanta pena.

Las gentes del conventillo son tan corrientes: "No hacen nada; por no hacer nada ni siquiera se mueren", nos confidencia el prota-

gonista al referirse a algunos hombres de aquellas ciudadelas. La observación dicha al pasar con la más convencida naturalidad, como diciendo que nada ya puede constituir sorpresa mayor que la de estar vivo y presenciando la gran intensidad de caracteres y hechos abigarrados por la necesidad y la simpleza.

El delincuente es una confidencia agresiva y triste. Aquel extraño bribón que sabe mostrar su bondad hacia quienes, por algunas horas, le acompañan en su misma altura; es decir, en su caída. ¿Qué pasa realmente? Sucede la vida con su más y menos, con la anécdota compleja de sus relaciones humanas. Pero lo único que al fin importa es la seña de un penar, latido inequívoco de vivir sintiendo: “Y después, el regreso en el alba, patrón, el regreso a la casa; cansados, con los rostros pálidos y brillantes de sudor, sin hablar, tropezando en las veredas malas, con la boca seca y amarga, las manos sucias y algo muy triste, pero muy retriste, deshaciéndose por allá dentro, entre el pecho y la espalda.”

El vaso de leche, segundo relato, se ha hecho paradigma de humanidad conmovida entre nosotros. Si bien no creo represente maestría narrativa, es sin duda la humanidad sin alarde, el gesto samaritano, la comprensión entrañable de quien nada urge de evidencias estadísticas para asistir a otro; y, sobre todo, la elocuencia del silencio cuando apenas si se insinúa entre el hambre y las lágrimas. Sólo un saber estar a tiempo para alejarse sin alardes: —Llore, hijo, llore...”

Un mendigo puede ser cualquier persona a la que sólo le resten dos direcciones después de la convalecencia: el hospicio y la mendicidad. Un mendigo es más que la clasificación de Intocables” por ser ahuyentadores del buen gusto y de la mejor presencia; por lo menos, este mendigo: Lucas Ramírez.

La vida es siempre una dirección, un nombre a quien acudir, la esperanza de un encuentro para conseguir el mejor oído o el gesto reparador o la acogida que sea el principio suficiente para seguir en pos de la dirección más definitiva: un sentido de la vida, un para qué de ella. Junto a ese carácter de finalidad, existe el otro fundamental: la compañía que, en este caso, debería ser un reconocimiento, la recuperación de una promesa. Sin embargo, algunos sólo inspiran

algo acorde a una necesidad que nos parece única, inequívoca, que antes de venírse nos encima, preferimos sortearla desde el monedero: ‘Aquel hombre ejercía una atracción irresistible sobre el dinero sencillo que llevaban encima’.

En el siguiente cuento llamado *El trampolín*, Manuel Rojas nos expone la existencia de la vida humana a partir de un hombre simple en uno de los aspectos más conmovedores de toda nuestra especie: la tremenda incoherencia entre el querer y nuestro hacer, esa esquizofrenia moral que nos sabe divididos, mortalmente enemigos, mientras asumimos nuestra defensa, el profundo desconocimiento de la fuerza que puede desbordarse en la casualidad fatal, irreparable. Y luego, aquel seguimiento de quienes deben juzgar, sospechar, precaverse de una posible y nueva trasgresión: la ley que jamás podrá alcanzar poder sobre el remordimiento en quien ya tiene bastante con su corazón atormentado. ¿Puede empezarse otra vez? Quizás una segunda oportunidad exista a partir de manos tan impensadas como las ataduras que nos infligió cierto fatal desliz.

Pero no solamente los sucesos escuetos y consignables en biografía lógica es la vida contada por nuestro autor. También está presente el mundo irracional de fantasmas con inorfolgía de bestias funestas.

El Colocolo es algo que ‘parece un ratón y no lo es; parece un pájaro y no es pájaro; llora como una guagua y no es guagua; tiene plumas y no es ave.’

Mundo mágico de bestiario e imaginación que, sin embargo, deja conclusiones desoladoras. La realidad del mundo cobija lo extraño al que sólo algunos predestinados tienen la terrible fortuna de conocer y sufrir su trato. Mas, la experiencia de todo ello resulta ser siempre un testimonio indirecto: me contaron, supe que, a fulano le sucedió tal cosa. Empero, lo indirecto de la información no escatima su potencia de temor y asqueante suspenso. Los amigos auditores de José Manuel ingresarán entre fogata y bebida fuerte al mundo de lo extraño que no los dejará inmunes a procrear en sus mentes, según sean ocasiones venideras, una credibilidad temerosa y sobrecogida ante cualquier suceso explicable, aunque sea producto de la casualidad.

Pero, por encima de todo, se prueba la importancia de las palabras

como vehículo convincente y corno creadora de ámbitos en donde el ruido y la prisa suelen postergar sin que jamás se anule esa tendencia humana a la aceptación de cualquier hecho, de cualquier explicación de alguna influencia que, a manera de resabio, perdura después de la anécdota. Los hombres somos verdaderas guaridas de fantasmas.

Con *La aventura de Mr. Jaiva* regresamos al plano de la conmiseración del narrador. Un hombre busca trabajo. Quiere dignificarse en el automantenimiento Pero, como sucede tantas veces, lo más sustantivo y urgente resulta ser demasiado problemático. Como muchos otros personajes de Manuel Rojas, el protagonista de este relato se halla cogido en la encrucijada del riesgo y del completo desamparo. Deberá, pues, sobreponerse mediante la autoinmolación del ridículo: emplearse de payaso. ¿Qué le sucede en verdad? La vida le desgarró demasiado diligente. Mucho y nada si se le mira con despreocupación y desafecto: Mas, el gemido que es fácil suponerle después del fracasado intento nos lleva a correr con Raúl Seguel en su huida final porque también la supervivencia requiere muchas veces de un alejamiento súbito y derrotado.

Pedro el pequenero es la historia de un hombre acosado por la sed. Alguien le ha tendido el remedio aliviador cuando ya desesperaba. No ha sido otro que Jesús de Nazaret. El Dios encarnado quiso arrancar a Pedro el Chuico de su dependencia esclavizante, pero el mundo no le quiere libre y aquel vuelve a caer en la bebida, pues no se reconocía sin el vicio de otrora. El tiempo le enfrenta a la ocasión de responder solícito y misericordioso ante el mismo que alguna vez le habría rescatado de su flaqueza. Y es entonces cuando nos enteramos de que Pedro niega el gesto solicitado como si una coraza invulnerable le protegiera para siempre. La traición procrea en él un enorme remordimiento: vivirá muriendo de lo que creyera poder remediar con facilidad. Paráfrasis del relato bíblico de la negación de Pedro que obtiene un sabor criollo interesante. *Un ladrón y su mujer* resulta otra muestra de la humanidad marginal. La preocupación de nuestro cuentista por estos seres disminuidos y acosados es una de sus constantes. Haciendo confluír distintos elementos, casi siempre contrapuestos o escasamente con-

cebidos con la debida frecuencia. Lo que nos importa más en estas páginas es el carácter positivo evidenciado por la mujer de este ladrón: fidelidad y sacrificio sustentados por la común base del amor. Tal es la respuesta y razón a sus desvelos, el secreto de su proceder, la conciencia alerta de una vida demasiado brutal para su mejor anhelo: vivir con su hombre. Lamentablemente, deberá conformarse con quererlo en la distancia obligada y riesgosa que le venga de todo cuanto se interpone entre ella y su anhelo.

Sobresalto y cuidado para esta mujer en cuya oblación se adivina parte del misterio del eterno femenino.

La compañera de viaje nos entrega el postrer relato de este libro que se lee en la intimidad del sentimiento.

- Quien narra es el mismo que protagonizara la aventura de acompañar a una mujer hasta rozar la más perfecta intimidad. Pero como las acciones humanas comparecen en ocasiones sin el cálculo previsible para los demás, aquel que haya vivido y contenga las profundas razones de su proceder deberá quedarse sólo con su dignidad incomprendida. Tal es el caso de este protagonista.

"No sé. El hombre, por instinto o por costumbre, conoce cuándo una mujer es honrada, es decir, intacta, y cuándo no lo es. La vi tan afligida, tan asustada, que me dio pena. Pretendió jugar, sin saber hasta dónde llegaría el juego, y cuando lo adiviné le dio miedo.

Me separé de su lecho, fui a cerrarla ventana, atravesé a largos pasos la habitación y abrí la puerta; desde allá dándome vuelta, le dije sonriendo: - -

— Ya es muy tarde. Perdone usted que la deje. Buenas noches.

No nos equivocamos si al leer este libro nos sentimos conmovidos un extraño sentimiento de cercanía; como si fuéramos los privilegiados espectadores de hombres y mujeres que, en su variedad, nos confidenciaran la clave de sus existencias; tal el triple factor que hemos indicado como rótulo a estas páginas: "Soy hombre, soy -pueblo y he vivido".

Juan Antonio Massone
Escritor. Profesor de Castellano
del Liceo San Agustín

EL DELINCUENTE

YO VIVO en un conventillo. Es un conventillo que no tiene de extraordinario más que un gran árbol que hay en el fondo de su patio, un árbol corpulento. de tupido y apretado ramaje, en el que se albergan todos los chincoles, diucas y gorriones del barrio; este árbol es para los pájaros una especie de conventillo; es un conventillo dentro de otro. Ignoro si la vida que se desarrolla en ese conventillo de ramas y hojas tiene algún parecido con la que se vive en el mío. Bien pudiera ser. He leído a veces que algunos sabios han encontrado analogías entre la vida de ciertas aves y animales y la de los seres humanos. Si los sabios lo dicen, debe ser verdad. Yo. como soy peluquero, no entiendo de esas cosas.

Bien; a este conventillo, es decir, al mío, se entra por una puerta estrecha y baja, que tiene, como el conventillo, sólo una cosa extraordinaria: es muy chica para un conventillo tan grande. Se abre a un pasadizo largo y obscuro, pasado el cual aparece el gran patio de tierra en cuyo fondo está el árbol de que le he hablado. Al pie del tronco de este árbol, en la noche, las piadosas viejecitas del conventillo encienden velas en recuerdo de un inquilino que asesinaron ahí un día dieciocho de septiembre. Con palos y latas han hecho una especie de nicho y dentro de él colocan las velas. De ahí se surten de luz los habitantes más pobres del conventillo.

Enfrente de este patio, y a la derecha del pasadizo.

Hay otro patio, empedrado con pequeñas piedras redondas de huevo, como se las llama. En el centro hay una llave de agua y una pileta que sirve de lavadero. Alrededor de este último patio están las piezas de los inquilinos, unas cuarenta metidas en un corredor formado por una veredita de mosaicos rotos y el entablado del corredor del segundo piso donde están las otras cuarenta piezas del conventillo. A este segundo piso se sube por una escalera de madera con pasamanos de alambre, en los cuales especialmente los días sábados los borrachos quedan colgando como piezas de ropa puestas a secar.

Como usted ve mi conventillo es una pequeña ciudad, una ciudad de gente pobre entre la cual hay personas de toda índole, oficio y condición, desde mendigos y ladrones hasta policías y obreros. Hay, además, hombres que no trabajan en nada; no son mendigos ni ladrones, ni guardianes, ni trabajadores. ¿De qué viven? ¡Quién sabe! Del aire, tal vez. No salen a la calle, no trabajan no se cambian nunca de casa; en fin, no hacen nada; por no hacer nada ni siquiera se mueren. Vegetan, pegados a la vida agria del conventillo, como el luce y el cochayuyo a las rocas.

Bueno: veo que me he excedido hablándole a usted del conventillo y sus habitantes, cuando en realidad éstos y aquél no tienen nada que ver con lo que quería contarle.

Discúlpeme: es mi oficio de peluquero el que me hace ser inconstante y variable en la conversación.

Yo vivo en la primera pieza que hay a la entrada del patio, a la salida del pasadizo. Debido a esto, soy el primero que siente a las personas que entran desde la calle Conozco en el paso a todos los habitantes del conventillo: sé cuándo vienen borrachos y cuándo sin haber bebido, cuándo alegres y cuándo de mal humor cuándo la jornada ha sido buena y cuándo ha sido mala.

De noche, echado en mi cama los cuento uno a uno. Y la otra noche, día sábado como a eso de las doce y media, en momentos en que estaba por acostarme oí las voces de dos personas que discutían a la salida del pasadizo. Me sorprendí pues no las había sentido entrar y desconocía las voces. Escuché. Una voz era alta y llena, sonora; la otra, delgada, empezaba las palabras y no las terminaba o las terminaba sin que se entendieran.

“¡ Ah! —me dije—. He ahí dos compadres, uno más borracho que otro. que han entrado al conventillo equivocadamente y que ahora discuten si éste es o no es el conventillo donde viven

Diciéndome estaba estas palabras cuando uno de los amigos dio con su cuerpo contra mi puerta y casi la abre hasta atrás. Juzgué prudente intervenir en la discusión y abrí la puerta, saliendo en mangas de camisa al patio. En ese mismo momento un carpintero que vive en el segundo piso. el maestro Sánchez, venía entrando de la calle. Me tranquilicé al verlo venir, y digo me tranquilicé porque la mirada que eché a Los dos compadres no me produjo ningún sentimiento de confianza. Debajo del chonchón de parafina que hay a la salida del pasadizo, chonchón que el mayordomo enciende solamente los días sábados, velase a dos personas dos hombres; uno muy delgado, con sombrero de paja echado hacia atrás; los ojos azules, pero un azul claro trémulo, desvanecido, un color de llama de alcohol: la frente muy alta; la nariz larga y delgada, un poco roja en la punta. La cara. es decir, la nariz y los ojos, era lo único notable en este individuo. Lo demás iba vestido con un traje oscuro y calzado con unos zapatos largos y puntiagudos. Todo él daba la impresión de una persona que se iba andando de puntillas, con aquellos ojos azules esa nariz delgada y larga y esos zapatos puntiagudos. ¡ Ah! . además llevaba un enorme cuello que

parecía no ser de él y una corbata negra con un nudo muy grande. Hablaba con una voz que no tenía nada que ver con su débil aspecto físico, ni con sus ojos ni con su nariz; una voz enérgica, fuerte, constructiva, parecía persuadir.

Este individuo sostenía, haciendo un gran esfuerzo, a su acompañante, que, en contraste con él, daba la impresión de algo que se quedaba que no se iba a ninguna parte. Más alto que el otro, ancho y derecho de hombros, grueso todo su cuerpo, llevaba un sombrero claro achatado de copa y de alas cortas; rostro moreno, con bigote negro hacía abajo; camisa sin cuello, traje oscuro, zapatos manchados de cal o de pintura. Toda su persona parecía saturada o llena de algo que no lo dejaba moverse.

Cuando el hombre delgado me vio aparecer, hizo un movimiento como para soltar al otro y marcharse, pero la presencia del maestro Sánchez lo detuvo. Yo seguí examinándolos hasta que el carpintero llegó donde estábamos. Dio una mirada al grupo y preguntó:

—¿Qué pasa, maestro Garrido?

—Lo ignoro: me estaba acostando, sentí discutir a estas dos personas y he salido a ver lo que sucedía. Este señor nos lo dirá.

El hombre de la nariz delgada retrocedió y pareció hundirse en la muralla al mismo tiempo que el gordo, al ser soltado por su compañero, se dobló violentamente hacia el suelo. Lo sujetamos, -enderezándolo. Estaba borracho hasta la idiotez.

—¿Qué pasa? Contesté —dije al hombre delgado.

Se encogió de hombros, sonriendo, y estiró una mano que parecía una ganzúa, larga y fina.

—Nada. pues, señor; ¿qué va a pasar? El maestro que me convidé a su casa, diciéndome que había unas niñas que cantaban y ahora se está echando para atrás.

El gordo resoplaba ruidosamente, como si el vino ingerido luchara dentro de él con el aire que aspiraba. Lo sacudí por un brazo; enderezó la cabeza, abrió un ojo y haciendo un esfuerzo poderoso buscó dentro de sí algo que no estuviera saturado de alcohol y que le permitiera responder. Por fin, dijo con una voz de falsete:

—Sí, échale no más..

La frase fue más larga, pero no le entendimos más que eso; lo demás se enredó y ahogó entre su bigotazo negro, haciendo un ruido de borboteo.

En ese momento el maestro Sánchez dijo:

—¡Bah! ¿Y esto?Y acercándose al hombre gordo, tomó un pedazo de cadena que pendía de su chaleco.

— ¿Y esto? —repitió, mirando al hombre del ojo azul desvanecido.

Este retrocedió un paso más y abriendo los brazos contestó:

—¡Chis! ¿Qué sé yo?

Nos quedamos un instante silencioso. Yo, francamente, no tengo nervios para soportar esos momentos expectantes que se alargan y me estaba sintiendo molesto.

—¿Qué hacemos? —pregunté al maestro Sánchez.

Le tomaba el parecer nada más que por cortesía y por el interés que demostraba. Al estar solo hubiera procedido de la siguiente manera: habríale dado un puntapié al hombre delgado, diciéndole:

¡Vete, ladrón!

Y otro al gordo, agregando:

—¡Andate, idiota!

Y entrándome al cuarto me habría acostado, quedándome dormido tan ricamente. Pero el maestro Sánchez, que es demócrata, no tiene iniciativas ni ideas propias y prefiere siempre acogerse a lo acostumbrado. Contestó:

-Vamos a buscar un guardián y se los entregaremos. Acompañeme, maestro..

Estuve tentado de echarlo al diablo, meterme en mí cuarto y cerrar la puerta; pero, no sé si se lo he dicho:

soy un hombre tímido; mis iniciativas, al encontrarse en oposición con otras, quedan siempre en proyecto; no sé discutir ni me gusta imponer mis ideas.

—Bueno; espérese.

Entré a mi cuarto, me eché un revólver al bolsillo trasero del pantalón —ignoro por qué motivo hice esto, ya que el arma estaba descargada y tampoco la necesitaría—, me puse el saco, desperté a mi mujer, y después de decirle que iba a salir y que tuviera cuidado con la puerta, me reuní con el maestro Sánchez, quien estaba parado en medio del pasadizo, dominando con su alto y musculoso cuerpo a los dos pobres diablos que allí estaban.

—Vamos, en marcha, y si intenta arrancarse. le daré un puntapié que le va a juntar la nariz con los talones.

Al oír esta terminante declaración, el hombre delgado pareció encogerse. En seguida malhumorado, tironeó de un brazo al borracho y éste desprevenido, dio una brusca media vuelta y se fue de punta al suelo. Lo levantamos como quien levanta un barril de vino, mientras gimoteaba, quejándose amargamente de que la policía procediera de ese modo con él, que era un obrero honrado y trabajador.

¿Para qué voy a contarle, detalle por detalle, paso por paso. el horrible viaje de nosotros tres, el maestro Sánchez. el ladrón y yo, en la noche, en busca de un guardián, empujando a aquel borracho que caía y levantaba, gritando y quejándose como un niño, con aquella voz que parecía no pertenecerle? Teníamos el aspecto de descargadores de mercaderías. Yo tuve que quitarme el paletó; sudaba como un jornalero.

Anduvimos cuatro o cinco cuadras de ese modo sin encontrar un solo policía. Hubo un momento en que los tres, sentados en el cordón de la vereda, descansando olvidamos el martirio de nuestra diligencia y conversamos como viejos camaradas hablando de los inconvenientes de beber hasta ese extremo. El borracho, tirado sobre los adoquines, roncaba plácidamente como si estuviera durmiendo en su cama.

Eran ya como las dos de la mañana. Quise proponer que dejáramos al borracho sentado en el umbral de una puerta y los demás nos lanzáramos cada uno a su casa, pero en el momento en que iba a hacerlo, el maestro Sánchez se levantó y dijo:

—Iremos hasta la comisaría..

—¿A qué? —pregunté, distraído; pero enseguida repuse—: ¡Ah, sí! ...

Me parecía tan estúpido todo aquello, y tan triste; las calles solitarias, oscuras, llenas de hoyos. con unas aceras deplorables y los tres cansados, sudorosos, los tres aburridos de aquella faena extraordinaria que nos había tocado. Sentía ira y desprecio contra aquel cuerpo inerte, fofo, tendido entre nosotros, que resoplaba como un fuelle agujereado inconsciente, feliz tal vez, y que obligaba a tres hombres a andar a esas horas por las calles, llevándolo con tanta delicadeza como si se tratara de un objeto de arte o de un mueble frágil.

La comisaría quedaba a ocho cuadras de distancia. ¡ Ocho cuadras! Eso era la fatiga, la angustia, el desmayo... En fin, andando, andando. Levantamos al borracho, que se despertó gritando y protestando de que ni en su casa lo dejaran descansar tranquilo. Recurrimos a las buenas palabras.

—Camina, pues, flatito; ya vamos a llegar.

—Ya, hermanito; váyase, por aquí.

Entre dos lo tomamos de los brazos y otro marchó

detrás, sujetándolo por la espalda. Resbalaba, se tumbaba ya a un lado, ya a otro, se echaba hacia atrás, se inclinaba. ¡ Dios mío! Eran inútiles las buenas palabras y los cariñosos consejos. De pronto ocurrió algo inaudito: el maestro Sánchez, de ordinario tan paciente y tan constitucional, largó al borracho, echó un tremendo juramento y le soltó un puntapié, gritando:

—¡ Camina, animal!

Yo quedé helado. En cambio, el ladrón se puso a reír a gritos.

Reía con una risa asnal, estruendosa. Me contagié esa risa y de repente nos encontramos riendo los tres a grandes carcajadas y dándonos, unos a otros, golpecitos en la barriga y en los hombros.

—¡Ja,ja,ja! -

Con la risa se nos espantó el cansancio; pero volvió de nuevo cuando reanudarnos la marcha con aquella preciosa carga.

Nuestro viaje no tenía ya sentido real. Nadie se acordaba de lo sucedido en el conventillo. Allí no había ni ladrones ni hombres honrados. Sólo había un borracho y tres víctimas de él. -

—¿A dónde me llevan? —preguntó de improviso el ebrio.

—¿A dónde? Al Hotel Savoy, Viejo mío —contestó el ratero.

—Sí. Allí te servirán una limonada y enseguida te acostarás en una cama con colchones de pluma —agregó

el maestro Sánchez. -

Nos sentamos los tres a reír, dejando al borracho afirmado en un farol. - -

- Así marchamos, unas veces silenciosos, otras riendo, pero ya mecánicamente, sin ganas de nada. Nos sentíamos vacíos de todo.

Llegamos por fin a la comisaría. Estaba cerrada. Golpeamos. Se sintieron pasos, alguien abrió una pequeña ventanilla y por ella asomaron un casco y un rostro de guardián. Nos echó una mirada de inspección.

— ¿Qué quieren?

¿Qué queríamos? Ninguno supo qué contestar.

—Abra usted: ya le explicaremos.

Se oyó el descorder de una barra y la puerta se abrió pesadamente. Apareció un ancho zaguán y más allá de él un patio amplio y oscuro; ruido de cascos de caballos.

—Adelante. Cabo de guardia!

—Acudió un hombre alto y moreno.

—Pasen por aquí.

Nos introdujo en un cuarto en el que había un escritorio, delante de éste una barandilla de madera y varias bancas afirmadas en la pared. Una luz en el techo.

—Vamos a ver, ¿qué pasa?

Yo tomé la palabra y conté íd acaecido. Había encontrado a esos dos hombres en tal y cual circunstancia y no sabiendo qué resolver, decidimos venir a la comisaría para que la autoridad tomara conocimiento y resolviera el caso. El cabo guardó silencio; después dijo:

‘Mi inspector no está aquí en este momento; ha salido de ronda. Tendrán que esperar un rato.

Después, con voz de trueno, gritó: - -

—Y vos, siéntate en ese rincón. Tienes cara de pillo. ¿Cómo te llamas? -

—Vicente Caballero, mi cabo.

—Caballero. . ¡ Miren qué trazas de caballero! ¿Has estado preso alguna vez aquí? -

—Nunca, señor.

—¡Hum! Eso lo vamos a ver. Espérate que llegue el inspector.

- Hizo ademán de retirarse, pero yo lo detuve.

—Dígame, ¿qué hacemos con este hombre?

— ¿Con el borracho? Déjelo ahí sentado, que duerma.

Y salió. Sentamos en una de las bancas al borracho, que inmediatamente se tumbó, subió las piernas a la banca y se dispuso a dormir. Procedía como persona acostumbrada.

Y ahí nos quedamos los otros tres, mirándonos. examinándonos, viéndonos a plena luz por primera vez en esa noche tomando cada uno la impresión que el otro le producía.

Todo quedó en silencio en la comisaría. Pasó una media hora marcada minuto a minuto en un gran reloj colgado en la pared. Nadie hablaba: los tres pensábamos en nuestros asuntos, indiferentes al Sitio donde nos encontrábamos y al motivo de nuestra estada allí.

Pasó otra media hora. Las tres y media de la mañana, Ya no podía más. Tenía los ojos pesados y el cuerpo todo dolorido. El maestro Sánchez empezó a cabecear. Solamente el ladrón, aquel hombre delgado, de ojo azul, permanecía imperturbable. Parecía acostumbrado a las largas y pacientes esperas y a los amaneceres sin sueño. Sentado, con las espaldas afirmadas en la pared, los brazos cruzados, miraba parpadeando rápidamente, el reloj, las tablas del techo, las del suelo, la ampolleta eléctrica: parecía contar una y otra vez los barrotes de la ventana que daba a la calle y los travesaños de la barandilla de madera

El cansancio y el sueño me rendían. Pensé fumar para distraerme y busqué en mis bolsillos el paquete de cigarrillos que siempre guardo en ellos; no lo encontré. Con el apresuramiento de la salida se me había olvidado encima de la mesa de mi cuarto. El ratero, que me vio hacer todos esos movimientos, se incorporé preguntando:

—¿Qué quiere, patrón? ¿Cigarrillos? Aquí tiene.

Se levantó y avanzó hasta donde yo estaba, ofreciéndome sus cigarrillos; pero en ese momento una voz terrible salió de la oscuridad del zaguán y dijo:

—¿Para dónde vas? Siéntate ahí.

Detenido por aquella voz, el hombre quedó inmóvil en medio de la oficina, con el brazo extendido.

—Voy a darle un cigarrillo al caballero —explicó.

—Siéntate ahí, te digo.

Retrocedió el ladrón, aturdido y confuso. Yo quedé silencioso, avergonzado por aquel hecho, doliéndome de que mi calidad de hombre honrado impidiera a otro hombre acercarse a mí y convidarme un cigarrillo.

Patrón uno procede siempre por estado de ánimo y no por ideas fijas. A veces ~~es~~ tengo rabia a los ladrones; otras lástima. ¿Por qué los ladrones serán ladrones? Veo que siempre andan pobres, perseguidos, miserables:

cuando no están presos andan huyendo: los tratan mal, les pegan, nadie puede estar cerca de ellos sin sentirse deshonorado. Cuando le roban a uno, le da rabia con ellos; cuando los ve sufrir, compasión. Lo mismo pasa con los policías: cuando lo amparan y lo defienden a uno, les tiene simpatía y cariño; cuando lo tratan injustamente y con violencia, odio. El ser humano es así, patrón; tiene buenos sentimientos para con el prójimo pero siempre que ese prójimo no le haga nada. Así nos quedamos mirándonos y sonriéndonos con simpatía. El entonces, sacó un cigarrillo del paquete y me lo tiró por el aire, y como le hiciese señas de que tampoco tenía con qué encenderlo, hizo lo mismo con una caja de fósforos. Pitó patrón con ganas, gozando, echando grandes bocanadas de humo, regocijado, -agradecido. ¡ Aquel ladrón era muy simpático! Tan de buen humor, tan atento con las personas, tan buen

compañero. Claro es que si me pillara desprevenido, me robaría hasta la madre, y si yo lo pillara robándome, le pegaría y lo mandaría preso, pero en aquel momento no era éste el caso. Yo estaba alegre fumando y esa alegría se la debía a él. Lo demás no me importaba. Las cuatro. Y en el momento en que el reloj las daba, se sintió en la calle el paso de un caballo que se detuvo ante el portón. Abrieron y el caballo avanzó por el zaguán. deteniéndose ante la oficina. Una voz gritó:

—¡Cabo de guardia!

Se sintió correr a un hombre. Yo toqué en el hombro al maestro Sánchez, quien despertó: incorporóse sorprendido diciendo:

—¡Ah! ¿Qué pasa?

Pero después de mirar hizo un gesto de hombre desilusionado y se sentó de nuevo. El cabo de guardia entró a la oficina y detrás de él el inspector, un joven alto, rubio, muy buen mozo. Se detuvo en medio del cuarto y —mientras daba una mirada circular, examinando a todos los que allí estábamos, se quitó el quepis y los guantes. Después avanzó, abrió una puertecilla que había en la baranda de madera y se sentó ante el escritorio.

—Vamos a ver. ¿Qué pasa, señores?

Avancé y recité de nuevo la estúpida letanía: este hombre y aquél, etc. Luego que hube terminado, volví a mi sitio, y el oficial, estirando los brazos, juntó las manos sobre la mesa con un gesto de satisfacción.

—¡Ajá! Muy bien.

El asunto pareció interesarle. Después, sin mirar a nadie y levantando la voz, dijo:

—A ver, vos, ven para acá.

Cualquiera de los tres hombres despiertos que allí estábamos podía ser el llamado; pero el único que se movió fue el ladrón. Avanzó hasta quedar frente al oficial.

—Sácate el sombrero —dijo el oficial con una voz muy suave—. ¿No sabes cómo debes estar en una comisaría?

El infeliz, sacándose el sombrero, murmuré:

—Disculpe, señor.

Y descubrió su cabeza, una cabeza pequeña, calva hasta la mitad, con unos pocos pelos claros atravesados sobre ella; una cabeza humilde y triste.

El oficial le dirigió una mirada aguda, fina, que lo recorrió entero.

—Tú eres Juan Cáceres —le dijo—. Alias “El Espíritu”. ladrón, especialidad en conventillos y borrachos. ¿No es cierto?

El hombre delgado bajó la cabeza y estuvo un momento silencioso, mirando la copa de su sombrero. como si viera en ella algo que le llamara la atención. Cuando levantó el rostro, su expresión había cambiado. La pequeña y alargada cabeza pareció llenarse de malicia y astucia, y los ojos azules, á la luz del alba que entraba por la ventana, achicados, tenían un tinte más oscuro.

Abrió los brazos y dijo:

—No, señor; yo me llamo Vicente Caballero, clavador de tacos de zapatos; no soy ladrón ni tengo ningún apodo.

—Bueno, eso lo dirás mañana en la Sección de Seguridad. ¿Dónde están el reloj y el pedazo de cadena que le faltan a ese hombre?

—No se, señor.

—¿No sabes, no?

—No, señor; y para que el señor inspector vea que soy inocente y qué no he intentado robar a ese hombre, le pido que ordene su registro. Ustedes me acusan del robo de un reloj, -sin saber si ese reloj ha sido robado o no.

—¡Hurn! Tú conoces demasiado las leyes para ser un hombre honrado. Cabo de guardia, registre a ese borracho.

El cabo tomó de un hombro al borracho y lo sentó. El hombre gordo, a quien el sueño dormido había espantado bastante la embriaguez, abrió los ojos y preguntó estupefacto: .

—¿Qué pasa?

Eran sus primeras palabras conscientes. Hizo además de resistirse al registro, pero al ver el uniforme del que lo registraba, se quedó callado, con los brazos abiertos, observando sorprendido todos los movimientos del

cabo. Este sacóle del ojal el pedazo de cadena que de allí colgaba y lo depositó en el escritorio. El borracho, al ver el resto de su cadena, dijo:

—¡Bah!

Y se miró el chaleco. En los bolsillos interiores del saco no tenía nada, ni una cartera, ni un papel, ni una caja de fósforos. Por fin, el cabo dijo:

—Aquí hay un reloj.

Y de un bolsillo exterior sacó un reloj negro, de acero, con un trozo de cadena colgando.

El ratero lanzó una exclamación de triunfo:

—¿No ve, señor, no ve? ¿Qué le decía yo?

Pero estas palabras fueron dichas de un modo tan exagerado y con un tono tan falso, que todos los que allí estábamos sentimos esa especie de vergüenza que produce el oír mentir descaradamente a una persona que se sabe que está mintiendo, y que ella misma lo sabe.

Este sentimiento nuestro alcanzó a ser percibido por el ratero. Miró nuestros rostros y viendo que en ellos no había sino compasión y piedad, se encogió de hombros, dejó caer el brazo que había extendido en demanda de aprobación y de ayuda y retirándose a un lado pareció entregarse.

—Cabo de guardia, registre a ese hombre.

El cabo de guardia puso una mano sobre el hombro de aquel pobre diablo y haciendo una pequeña presión sobre él lo hizo girar, y él giró con una condescendencia automática. Habla perdido ya toda voluntad propia y el cabo de guardia hizo con él lo que quiso.

—Levanta los brazos.

Levantó los delgados brazos, seguramente tan ágiles y diestros en su oficio, pero en esos momentos tan tiesos como si hubieran estado sostenidos por resortes a los débiles hombros.

—Date vuelta.

A cada orden obedecida, el hombre empequeñecía más, perdiendo ante nuestros ojos, poco a poco, sus últimos restos de dignidad humana.

Una vez registrados todos los bolsillos, el cabo le ordenó nuevamente levantar los brazos, que había dejado caer cansados, e hizo correr sus manos a lo largo del cuerpo del ratero con un suave movimiento palpatorio, deteniéndose debajo de los brazos, hurgando alrededor de la cintura, entre las piernas. Y aquel movimiento recordaba el que hacen las lavanderas al estrujar una gran pieza de ropa, una colcha o una sábana, empezando por una punta, retorciendo, apretujando la tela hinchada de agua, que se estira, enroscándose, hasta reducirse a su mínimo volumen.

Cuando el cabo llegó a los zapatos, pregunté:

— ¿Qué es esto?

— La llave de mi cuarto, señor.

— ¿Llevas la llave de tu cuarto en los zapatos? Es una ganzúa, mi inspector.

— Colóquela sobre el escritorio.

Puso el cabo sobre la felpa verde del escritorio una ganzúa larga y fina, que brilló a la luz como un pececillo plateado al sol.

Hízose a un lado el cabo y en medio de la oficina sólo quedó Juan Cáceres, alias “El Espíritu”, ladrón, especialidad en borrachos y conventillos. Los mechones de pelo castaño que detenían en mitad de la cabeza el avance de su calva, habían resbalado hacia abajo y aparecían estirados, pegados por un sudor de angustia sobre la alta frente. Los ojos habíanse redondeado y oscurecido, y la nariz larga y colorada en la punta, avanzaba grotescamente, como pegada con cola a los pómulos demacrados. Con los forros de los bolsillos hacia afuera, el sombrero en la mano, el delgado pescuezo emergiendo del enorme cuello, el esmirriado cuerpo

estrujado por las manos duras y hábiles del cabo, aquel ser no era ya ni sombra del hombre que era cuando veníamos por la calle, alegres o fatigados, empujando a aquel otro hombre, el borracho, que sentado en la banca miraba la escena con ojos asombrados y tenía en el rostro la expresión del que oye narrar un cuento de ladrones y criminales.

El inspector dijo:

—Muy bien, compañero Cáceres, lo hemos pillado sin perros.

Después, dirigiéndose a mí, dijo:

—Pondremos en el parte que este individuo fue sorprendido en momentos en que robaba a otro y que al ser registrado se le encontró encima el reloj de la víctima y una llave ganzúa. Con eso tiene para un rato. ¡Cabo de guardia!

—Mande, señor.

—Sáquele a ese hombre el cuello y la corbata y échelo a un calabozo. Mariana irá con parte al Juzgado.

El cabo despojó al ratero de su enorme cuello y de su gran corbata negra.

—¡Andando!

Y el hombre del ojo azul desvanecido salió, seguido del cabo, como resbalando en la luz cruda del alba.

Después que el ratero hubo salido, se levantó el borracho y preguntó al oficial:

—Señor, ¿qué piensa hacer de mí?

—Espérate, borracho indecente.

Volvió el cabo.

—A este individuo métele al calabozo junto con el otro. Le haremos parte por ebriedad y escándalo.

—¡Andando!

Y el hombre gordo fue a reunirse con el hombre flaco.

—Ustedes pueden retirarse, señores...

Salimos silenciosos de la oficina. Un policía, que dormitaba afirmado en el portón del zaguán, al vernos, preguntó hacia adentro:

— ¿Y estos individuos?

—Déjelos salir; van en libertad —contestó la voz del oficial.

Salimos.

Y después, el regreso en el alba, patrón, el regreso a la casa; cansados, con los rostros pálidos y brillantes de sudor, sin hablar, tropezando en las veredas malas, con la boca seca y amarga, las manos sucias y algo muy triste, pero muy re triste, deshaciéndose por allá dentro, entre el pecho y la espalda.

EL VASO DE LECHE

AFIRMADO en la barandilla de estribor, el marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un envoltorio de papel blanco, manchado de grasa en varias partes. Con la otra mano atendía la pipa.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla del muelle con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

—I say; look here! (¡ Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza, y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

—Hallo! What? (¡ Hola! ¿Qué?)

—Are you hungry? (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

—No, I am not hungry. Thank you, sailor. (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero.)

—Very well. (Muy bien.)

Sacóse la pipa de la boca el marinero, escupió y colocándosela de nuevo entre los labios, miró hacia otro lado.

El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso, como temiendo arrepentirse de su negativa.

Un instante después, un magnífico vagabundo, vestido inverosímilmente de harapos, grandes zapatos rotos, larga barba rubia y ojos azules, pasó ante el marinero, y éste, sin llamarlo previamente, le gritó:

—Are you hungry?

No había terminado aún su pregunta, cuando el atorrante, mirando con ojos brillantes el paquete que el marinero tenía en las manos, contestó apresuradamente:

—Yes, sir, I am very much hungry! (¡ SI, señor, tengo harta hambre!)

Sonrió el marinero. El paquete voló en el aire y fue a caer entre las manos ávidas del hambriento. Ni siquiera dio las gracias, y abriendo el envoltorio calentito aún, sentóse en el suelo, restregándose las manos alegremente al contemplar su contenido. Un atorrante de puerto puede no saber inglés, pero nunca se perdonarla no saber el suficiente como para pedir de comer a uno que hable ese idioma.

El joven que pasara momentos antes, parado a corta distancia de allí, presencié la escena.

El también tenía hambre. Hacia tres días justos que no comía, tres largos días. Y más por timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de las escalas de los vapores, a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca. Y cuando, como en el caso reciente, alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre.

Seis días hacia que vagaba por las callejuelas y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés procedente de Punta Arenas, puerto en donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho de capitán. Estuvo un mes allí, ayudando en sus ocupación

nes a un austriaco pescador de centollas, y en el primer barco que pasó hacia el norte embarcóse ocultamente.

Lo descubrieron al día siguiente de zarpar y enviáronlo a trabajar en las calderas. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, como un fardo sin dirección ni destinatario, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno.

Mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero des-... La ciudad enorme, que se alzaba más allá de las callejuelas llenas de tabernas y posadas pobres, no le atraía; parecíale un lugar de esclavitud, sin aire, obscura, sin esa grandeza amplia del mar, y entre cuyas altas paredes y calles rectas la gente vive y muere aturdida por un tráfico angustioso.

Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas más lisas y definidas como un brazo poderoso una delgada varilla. Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en diversos vapores, desempeñando distintos trabajos y faenas, faenas y trabajos que en tierra casi no tenían aplicación.

Después que se fue el vapor, anduvo y anduvo, esperando del azar algo que le permitiera vivir de algún modo mientras tomaba sus canchas familiares; pero no encontró nada. El puerto tenía poco movimiento y en los contados vapores en que se trabajaba no lo aceptaron.

Ambulaban por allí infinidad de vagabundos de profesión; marineros sin contrata, como él, desertados de un vapor o prófugos de algún delito; atorrantes abandonados al ocio, que se mantienen de no se sabe que, mendigando o robando, pasando los días como las cuentas de un rosario mugriento, esperando quién sabe qué extraños acontecimientos, o no esperando nada, indi

viduos de las razas y pueblos más exóticos y extraños, aun de aquellos en cuya existencia no se cree hasta no haber visto un ejemplar vivo.

Al día siguiente, convencido de que no podría resistir mucho más, *decidió* recurrir a cualquier medio para procurarse alimentos.

Caminando, fue a dar delante de un vapor que había llegado la noche anterior y que cargaba trigo. Una hilera de hombres marchaba, dando la vuelta, al hombro los pesados sacos, desde los vagones, atravesando una planchada, hasta la escotilla de la bodega, donde los estibadores recibían la carga. Estuvo un rato mirando hasta que atrevióse a hablar con el capataz, ofreciéndose. Fue aceptado y animosamente formó parte de la larga fila de cargadores.

Durante el primer tiempo de la jornada, trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado y le vinieron vahídos, vacilando en la planchada cuando marchaba con la carga al hombro; viendo que a sus pies la abertura formada por el costado del vapor y el murallón del muelle, en el fondo de la cual, el mar, manchado de aceite y cubierto de desperdicios, glogloteaba sordamente.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones cercanos y otros comían lo que habían llevado, él se tendió en el suelo a descansar, disimulando su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado, cubierto de sudor, reducido ya a lo último. Mientras los trabajadores se retiraban, se sentó en unas bolsas acechando al capataz, y cuando se hubo marchado el último, acercóse

a él y confuso y titubeante, aunque sin contarle lo que le sucedía, le preguntó si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto a cuenta de lo ganado.

Contestóle el capataz que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía sería necesario trabajar el día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡ Un día más! Por otro lado, no adelantaban un centavo.

—Pero —de dijo—, si usted necesita, yo podría prestarle unos cuarenta centavos... No tengo más.

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiada y se fue.

Le acometió entonces una desesperación aguda. ¡ Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; vela todo a través de una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no habría podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era obscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso.

Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas, y se detuvo.- Se fue inclinando, inclinando, doblándose forzosamente como una barra de hierro, y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanas, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga... Después, poco a poco, cesó el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caerla al suelo.

Apuró el paso, como huyendo de un nuevo mareo y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante

era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esta palabra: comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido, dejándole una impresión de vacío caliente en la cabeza.

No pensaba huir; le diría al dueño: "Señor, tenía hambre, hambre, hambre, y no tengo con qué pagar. Haga lo que quiera".

Llegó hasta las primeras calles de la ciudad y en una de ellas encontró una lechería. Era un negocito muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas de mármol. Detrás de un mostrador estaba de pie una señora rubia con un delantal blanquísimo.

Elegió ese negocio. La calle era poco transitada. Habría podido comer en uno de los figones que estaban junto al muelle, pero se encontraban llenos de gente que jugaba y bebía.

En la lechería no había sino un cliente. Era un vejete de anteojos, que con la nariz metida entre las hojas de un periódico, leyendo, permanecía inmóvil, como pegado a la silla. Sobre la mesita había un vaso de leche a medio consumir.

Esperó que se retirara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos. Se cansó y paróse a un lado de la puerta, desde donde lanzaba al viejo unas miradas que parecían pedradas.

¡ Qué diablos leerla con tanta atención! Llegó a imaginarse que era un enemigo suyo, el cual, sabiendo sus intenciones, se hubiera propuesto entorpecerlas. Le daban ganas de entrar y decirle algo fuerte que le obligara a marcharse, una grosería o una frase que le indicara que no tenía derecho a permanecer una hora sentado, y leyendo, por un gasto tan reducido.

Por fin el cliente terminó su lectura, o por lo menos la

interrumpió. Se bebió de un sorbo el resto de leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigióse a la puerta. Salió; era un vejete encorvado, con trazas de carpintero o barnizador.

Apenas estuvo en la calle, afirmóse los anteojos, metió de nuevo la nariz entre las hojas del periódico y se fue, caminando despacito y deteniéndose cada diez pasos para leer con más detenimiento.

Esperó que se alejara y entró. Un momento estuvo parado a la entrada, indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y dirigióse hacia ella; pero a mitad de camino se arrepintió, retrocedió y tropezó en una silla, instalándose después en un rincón.

Acudió la señora, pasó un trapo por la cubierta de la mesa y con voz suave, en la que se notaba un dejo de acento español, le preguntó:

—¿Qué se va usted a servir?

Sin mirarla, le contestó:

—Un vaso de leche.

—¿Grande?

—Sí, grande.

—¿Solo?

—¿Hay bizcochos?

—No; vainillas.

—Bueno, vainillas.

Cuando la señora se dio vuelta, él se restregó las manos sobre las rodillas, regocijado, como quien tiene frío y va a beber algo caliente. Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platillo lleno de vainillas, dirigiéndose después a su puesto detrás del mostrador. Su primer impulso fue el de beberse la leche de un trago y comerse después las vainillas, pero en seguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al

hacerlo, conocería su estado de ánimo y sus propósitos vergonzosos y él tendría que levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciéndola en la leche y le dio un bocado; bebió un sorbo de leche y sintió que la quemadura; ya encendida en su estómago, se apagaba y deshacía. Pero, en seguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo apretado y caliente subió desde su corazón hasta la garganta; se dio cuenta de que iba a sollozar, a sollozar a gritos, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando, no pudo rechazar ni deshacer aquel nudo ardiente que se estrechaba más y más. Resistió, y mientras resistía comió apresuradamente, como asustado, temiendo que el llanto le impidiera comer. Cuando terminó con la leche y las vainillas, se le nublaron los ojos y algo tibio rodó por su nariz, cayendo dentro del vaso. Un terrible sollozo lo sacudió hasta los zapatos.

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiese llorado.

*

Inclinado estaba y llorando, cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

—Llore, hijo, llore...

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba, parecióle que su vida y sus sentimientos se limpiaban como

un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto, se limpié con su pañuelo los ojos y la cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miré a la señora, pero ésta no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste. En la mesita, ante él, había un nuevo vaso lleno de

leche y otro platillo colmado de vainillas: comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado. como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó, ya había oscurecido y el negocio se iluminaba con la bombilla eléctrica. Estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse, sin ocurrírsele nada oportuno.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

—Muchas gracias, señora: adiós. .

—Adiós, hijo.. . —le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección, tomando después por una calle que bajaba hacia los muelles. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano.

Pensó en la señora rubia que tan generosamente se habla conducido, e hizo propósitos de pagarle y recompensaría de una manera digna cuando tuviera dinero; pero estos pensamientos de gratitud se desvanecían junto con el ardor de su rostro, hasta que no quedó ninguno, y el hecho reciente retrocedió y se perdió en los recodos de su vida pasada.

De pronto se sorprendió cantando algo en voz baja. Se irguió alegremente, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus

fuerzas anteriores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó sobre un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente. Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar.

UN MENDIGO

FUE UN día de invierno, alumbrado por un sol transparente y seco, color tafetán, cuando Lucas Ramírez, después de franquear la puerta del hospital, se encontró en la calle.

Parpadeó, deslumbrado por la luz fuerte y libre que resplandecía en las paredes blanqueadas; luego, inmóvil en la orilla de la acera, reflexionó. No lo hizo mucho rato; ya en el último mes de su estada en el establecimiento había pensado bastante sobre el momento de su salida y sabía que su vida, al abandonar el hospital, estaría amarrada a dos hilos: la punta de uno de ellos remataba en el hospicio; la del otro, en esa gran institución ambulante y pública que se llama mendicidad.

Pero nunca había imaginado la diferencia que había y hay entre el hecho de decir: "Cuando yo salga del hospital. ." y el de encontrarse fuera realmente.

La calle, cuyo aspecto y movimiento casi tenía olvidados después de sus varios meses de enfermedad, desfilara ante él caminando hacia los campos. Le pareció de pronto, vista desde su ángulo de inválido, una desolada e inmensa planicie, batida por un viento helado, cruzada de profundas quebradas y penosas pendientes, en la cual aquel cuyos pies no se asentaban bien en tierra, vacilaba, se perdía, caía y no se levantaba. La vida y el mundo estaban al final de esa imagen.

¡ Ah, si él hubiera tenido en ese momento sus piernas, sus elásticas y firmes piernas de antes, con qué placer

habría echado a andar, el alto pecho levantado, con la agilidad y decisión con que los hombres vigorosos caminan en las mañanas de invierno!

Miró hacia ambos lados de la calle, como eligiendo rumbo, aunque para él eran iguales todos, el del norte o el del Sur, hacia levante o hacia poniente; para donde fuera y por mucho que caminara, aquellos dos hilos lo seguirían, sin soltarlo, desovillándose, alargándose mientras él marchaba y recogién dose cuando retrocediera, tirando ambos de él hacia sus puntos de término.

Solamente un acontecimiento imprevisto, absurdo, podría cortar aquellas amarras invisibles.

En busca de él se decidió a marchar.

Elegió para irse la acera contraria a aquella en que se encontraba y que aparecía enlucida por una atmósfera brillante, dentro de la cual las personas se movían como envueltas en una gelatina dorada.

Antes de atravesar la calle miró hacia arriba y hacia abajo; no venía ningún vehículo. Avanzó un pie, luego otro y caminó, caminó con aquel andar que la enfermedad le había dado, horrible andar de muñeco que ha perdido su aserrín y que hacía volver la cabeza a los transeúntes.

Cuando avanzaba la pierna derecha, el hombro del mismo lado descendía hacia la cintura, mientras el pie izquierdo, rezagado, esperaba el tirón que le haría emparejarse al otro; después, el hombro derecho surgía, recobrando el cuerpo su posición de firme y reuniendo fuerza para el otro paso. El bastón, torcido y lleno de nudos, marcaba con isócronos golpes los movimientos de aquella máquina, a la que la enfermedad había roto un resorte esencial.

Caminó así entre la multitud que llenaba las aceras. Parecía un extraviado, un hombre que ha perdido la orientación y la memoria y que marcha sin saber por

dónde, procurando recordar la calle y el sitio en que está su casa, su hogar. Iba hacia todos lados y hacia ninguno.

Estaba solo. De sus años de infancia pasados en la capital. no tenía sino vagos recuerdos de personas y familias, todas ellas sin posición económica sólida y con las cuales no le ligaba sino esa amistad ocasional de la vecindad, que desaparece con una ausencia prolongada. Su familia, escasa y pobre. era del norte y residía allá.

Se detenía en las esquinas y miraba: hacia allá iba una calle, hacia acá otra, por allí una, por allí otra, y contemplábalas huir vertiginosamente, sin saber cuál era la suya, sin poder elegir una, pues todas eran iguales y ninguna le recordaba algo que lo llamara.

Así transcurrió la mañana y vino la tarde. Grandes nubes pardas y blancas, que el viento, desorientado como Lucas Ramírez, tan pronto había estado empujando hacia un lado como hacia otro, se reunieron por fin, cubriendo el trozo de cielo que correspondía a la ciudad y dando a la atmósfera un tono amarillo helado.

Descendió después el viento y sopló a lo largo de las calles. La gente marchó más deprisa. Los cafés, los bares y las confiterías arrojaban hacia las aceras su vaho oloroso y tibio, absorbiendo con él a los que marchaban distraídos.

Lucas Ramírez. golpeando con su bastón lamentable las baldosas húmedas, caminaba desesperanzado, casi abandonado, sintiendo que el hilo del hospicio se ponía cada vez más tenso.

Cayó la tarde. reemplazándola el crepúsculo, un crepúsculo breve y frío, salpicado por las luces que se encendían y se llamaban entre sí a través de los alambres y los cables.

Las vidrieras se llenaron de luz y los automóviles abrieron sus ojos deslumbrantes, agujereando las masas de sombra que caían del cielo.

El viento *afinó* su soplo, helándolo más, y empujó a los transeúntes hacia el refugio de los hogares.

Se apagó el crepúsculo y las calles fueron perdiendo su animación comercial. Los españoles y los ingleses cerraron sus negocios y sólo de trecho en trecho algunas vitrinas arrojaban sus cuadrados luminosos sobre las aceras. Los ciegos, después de haber estado todo el día tocando sus instrumentos y exponiendo sus ojos como naturalezas muertas, regresaron a sus covachas, hablando de cosas que no habían visto.

De pronto, Lucas Ramírez se detuvo sorprendido. Un recuerdo, uno, había brotado en su mente, y era precisamente el que necesitaba. Desde que salió del hospital había buscado en su cerebro algo, una idea, un recuerdo, un recurso, una salida, sin encontrar nada, y he aquí que repentinamente surgía, como un hongo después de la lluvia, solitario e imprevisto, este recuerdo. Meses atrás, un día de visita en el hospital, estando él acostado, pasó ante su cama un hombre cuyo rostro le pareció conocido, aunque olvidado. -En la soledad en qué se encontraba, un amigo o un conocido constituían un acontecimiento; y lo miré sonriendo, invitándolo con la risa a detenerse y hablar. Se detuvo el que pasaba, mirándolo entre serio y sonriente, convencido al mismo tiempo que dudoso, hasta que se reconocieron.

—¡ Lucas Ramírez!

—¡Esteban! -

Era un antiguo amigo suyo, condiscípulo, a quien no veía desde mucho tiempo, desde antes de dejar la capital e irse con su padre a las tierras del norte, de donde él regresara, después de varios años, solo y enfermo.

Conversaron solamente breves instantes, pues el que pasaba iba a visitar a un amigo enfermo en una sala vecina. Se fue, prometiéndole volver a verlo y dejándole su dirección, por si alguna vez quería visitarlo, cuando se

mejorara. No volvió más. Pero eso no importaba ahora, pues tenga su dirección, es decir, creía tenerla. Registró sus bolsillos y hurgó en su cartera, buscando la tarjeta en que estaba anotada la dirección de la casa en que vivía su amigo; no encontró nada. Acudió entonces a su memoria y no le fue difícil acordarse del nombre de la calle. Sí, quedaba cerca de donde se encontraba ahora. Pero ¿y el número? El número... Era 64 ó 164, no estaba bien seguro, pero era una cifra de dos números o de tres y terminaba en 64; tal vez en la primera o segunda cuadra. . . Pero de todos modos, le sería fácil dar con él, pues, además de los datos que recordaba, en la puerta de la basa en que vivía debía haber una plancha que indicara el nombre y la profesión de su amigo. Era dentista.

Echó a andar y parecióle que lo hacía con más soltura. ¡ Había encontrado un amigo y seguramente él le proporcionaría lo que necesitaba y que tan poco era: un plato de sopa y un rincón! Sonreía alegremente y hasta le daban ganas de gritar para expresar su regocijo.

Llegó pronto a la calle buscada, desembocando en ella a la altura de la segunda cuadra. Habría podido empezar desde allí la búsqueda, pero no quiso; quería sentir la voluptuosidad de principiar desde la primera casa, paso a paso, número por número, saboreando su placer lentamente, -hasta encontrar el número. Fue hasta donde empezaba la calle y parándose en la acera de los números pares, comenzó a buscar, despacio, así como sin ganas, como quien tiene la firme seguridad de que lo que desea vendrá cuando él quiera.

Anduvo baldosa por baldosa, mirando los números de las casas y- leyendo las planchas que relucían aquí y allá al costado de las puertas. No encontró el número 64. Llegó hasta el 80 y, creyendo no haber mirado bien, volvió sobre sus pasos y empezó a buscar de nuevo, esta

vez con atención, asustado, como aquel a quien han dado a guardar una suma exacta de dinero y que a la hora de devolverla se encuentra con que le faltan cien pesos y vuelve a contarla nerviosamente. Cincuenta, cincuenta y dos, cincuenta y ocho. sesenta y ocho... Nada.

Se detuvo, contrariado. Estaba seguro de que no era un número impar, sino par, como 64. Sin embargo, miró hacia la otra acera; altas, oscuras, severas las fachadas, cerradas las puertas, en ninguna de ellas se divisaba el reflejo bronceado de una plancha.

Se desanimó algo, pero en seguida se sobrepuso, pensando en que tal vez estaba equivocado y que la cifra sería de tres números, terminada en 64. Atravesó la bocacalle y empezó de nuevo la búsqueda, ya anhelante, mirando los números con mirada fija e inquisitiva.

En esa cuadra, el número 164 caía en un almacén de pianos. Esto lo desconcertó casi por completo y lo hizo dudar de su buena memoria. ¿Sería 64 el número? De eso estaba seguro. Hay veces en que al querer recordar un número o un nombre, recordamos uno y ése uno nos parece el auténtico y hasta creemos que es imposible que sea otro, y cuando la verdad nos viene a demostrar que estábamos equivocados, protestamos y afirmamos que el número o el nombre han sido cambiados y que el verdadero, el que se trataba de recordar, era el que nosotros decíamos.

Pero si ése era el número, ¿cómo no lo encontraba donde debía estar? ¿O no sería ésa la calle? Bien pudiera ser que se hubiera equivocado en la calle y no en el número. Pero equivocarse en la calle era perderlo todo: cincuenta calles corrían paralelas a aquella en que se encontraba y cada una de ellas, igual que ésta, podía ser la que necesitaba. En recomerías todas, con su paso tardo y torpe, demoraría unos ocho días.

Esto acabó con su entusiasmo y su ánimo: sin embargo, se resistió a renunciar. Seguiría buscando. Ya que forzosamente tenía que caminar, aprovecharía su marcha para seguir sus investigaciones.

*

Pero estaba cansado en extremo y su pobre cuerpo no correspondía a su resolución. Se había fatigado antes que él y negábase a avanzar: parecía que los hilos invisibles lo envolvían como en una red de araña cazadora. impidiéndole moverse con soltura.

Anduvo aún dos cuadras más. El número y la casa deseada no aparecieron. Se detuvo en una esquina, mirando hacia lo lejos, dejando correr su nublada pupila por la alta hilera de focos que parpadeaban en la noche. Sentía ganas de llorar, de dejarse caer al suelo. irreflexivamente, abandonándose.

Cerca de donde estaba, había un restaurante con dos focos a la puerta y una gran vitrina iluminada, a través de la cual se veía, en medio de un resplandor rojizo, cómo los pollos se doraban a fuego lento, ensartados en un asador que giraba, chorreando gruesas gotas de dorada grasa.

Se abrió la puerta y un caballero alto, gordo, enfundado en grueso sobretodo, salió; se detuvo en la puerta mirando al cielo, subióse el cuello del sobretodo y echó a andar. En este momento lo vio Lucas Ramírez: no lo había visto salir del restaurante, sino que se dio vuelta al sentir pasos en la acera. Se le ocurrió una idea. Preguntar a ese señor que venía tan de prisa, por lo que él buscaba.

El transitar por ahí indicaba que vivía en la misma calle o en las inmediaciones y bien pudiera ser que conociera a su amigo.

Con un gesto sencillo, con el gesto que cualquiera hace al detener a una persona y preguntarle algo, lo detuvo. El caballero se paró en seco y le miró de arriba abajo, con mirada interrogadora, y lo vio tan miserable, tan vacilante, tan deshecho, que cuando Lucas Ramírez empezó a decirle:

—Señor, yo quisiera...

Sin dejarlo concluir la frase, contestóle:

—¡Cómo no, amigo!

Desabrochase el sobretodo, por la abertura metió la mano en dirección al bolsillo derecho del chaleco, recogió todas las monedas que en él tenía y en la mano que Lucas Ramírez había extendido y abierto para detenerlo, las dejó caer voluptuosamente, diciendo:

—Tome, compañero.

Y se fue, abrochándose rápidamente el sobretodo.

Lucas Ramírez se quedó como si hubiera recibido una bofetada sin motivo alguno y estuvo un momento sin saber qué hacer, qué pensar ni qué decir. Después le dio rabia y volvióse como para llamar al caballero y devolverle sus monedas, pero el otro iba ya a media cuadra de distancia y si él lo hubiera llamado, aquél no habría vuelto sino la cabeza, pensando:

“¡Qué mendigo fastidioso! Le he dado todo el sencillo que llevaba y todavía me llama...”

No podía correr detrás de él; si hubiera podido hacerlo, lo habría hecho, seguramente. Pensó entonces en tirar las monedas, pero con gran sorpresa de él mismo, aunque hizo el ademán de arrojarlas, la mano en que las tenía no se abrió para soltarlas. Aquello estaba fuera de su voluntad.

Se quedó allí parado y de pronto empezó a llorar suavemente, con pequeños gemidos, así como lloran esos perrillos, a altas horas de la noche, delante de una puerta que han cerrado sin acordarse de que ellos están afuera.

Se abrió nuevamente la puerta del restaurante y dos jóvenes salieron a la calle, hablando fuerte y riendo, tomando la misma dirección que tomara el que había salido antes. Cuando llegaron junto a él, lo sintieron llorar y se detuvieron. La risa se les heló en la boca, como quemada por el aire frío. Se miraron, sin atreverse a hablarlo. El no los había sentido y sólo se vino a dar cuenta de su presencia cuando la mano de uno de ellos buscó la suya cariñosamente. Y como era la derecha la buscada y en ella tenía las monedas que le había dado el señor gordo, inconscientemente, sin darse cuenta de lo que hacía, dio media vuelta y presentó la mano izquierda... La dádiva fue más subida que la anterior y él debió dar las gracias, pero no supo hacerlo, no se le ocurrió. Y es que no se consideraba aún un mendigo; creía que lo que le pasaba era un accidente, una cosa pasajera.

Pero cuando cambió a la mano izquierda las monedas que tenía en la derecha y viendo que ya abultaban, ¡las metió al bolsillo, y cuando puso el oído alerta para escuchar los pasos de los que salían del restaurante, y a uno que le dio varias monedas le dijo: “Muchas gracias, Dios se lo pague...” se tranquilizó tanto, como si hubiera encontrado a su amigo, convencido ya de la ruta que debía seguir y sintiendo que uno de los hilos que lo sujetaban se cortaba vibrando en la noche.

*

A la otra noche y a las siguientes, las personas que comieron en ese restaurante encontraron a la salida a un hombre contrahecho, miserable, que les quería preguntar por algo que nunca supieron lo que era, pues jamás lo dejaron terminar su pregunta. Aquel hombre ejercía una atracción irresistible sobre el dinero sencillo que llevaban encima.

Lucas Ramírez. que se había dado cuenta de esto, y de que la gente es generosa cuando hace frío y ha comido bien. pensaba que era necesario aprovechar bien el invierno.

EL TRAMPOLÍN

HAY MUCHA gente que no cree en la suerte. Dicen que todo está determinado y que no sucede nada que no obedezca a leyes fijas, invariables, que provocan tales o cuales hechos, y que el hombre no puede escapar a lo que el destino le tiene reservado. Pero es indudable que hay un ancho margen para los acontecimientos imprevistos, una especie de puerta de escape de lo determinado y de lo prescrito, un burladero para lo fatal, un trampolín para los saltos de la suerte. Puede ser esto la casualidad, la eventualidad, puede ser lo que ustedes quieran, pero existe, y yo quiero demostrarlo contándoles un caso. Resignación.

Yo tengo un delito sobre mi conciencia. Legalmente, es un delito. Moralmente, no. Un tribunal me condenaría; un hombre, a solas con su conciencia, sin investidura legal, me perdonaría, encontrando en el fondo de mi acto un sentimiento noble; Yo no sé ni conozco las proyecciones que mi conducta trajo consigo. Me conformé con el hecho mismo, sin importarme lo demás;

El caso es el siguiente:

Hace ya bastantes años, siendo yo un muchacho de veinte, estudiante de segundo año de medicina, venía de Valparaíso a Santiago, de vuelta de vacaciones, acompañado de un amigo que tenía más o menos la misma edad mía.

Subimos al tren en la estación del Puerto. Viajábamos en tercera clase. Mi familia era pobre y la de mi amigo

también. Al llegar el tren a Bellavista. vimos que subía un hombre con esposas, pobremente vestido, acompañado de un guardián armado con carabina y de un señor con aspecto de agente de policía. Dio la casualidad de que el único asiento desocupado para dos personas estaba frente a nosotros y en él se ubicaron el reo y el agente. El guardián; después de despedirse, descendió.

Nosotros, jóvenes, llenos aún de piedad para la desgracia ajena, nos sentimos impresionados ante aquel hombre, joven también, esposado, expuesto a la curiosidad de todos. Una vez sentado se arrimó bien a la ventanilla y miré por ella insistentemente, evitando ver nuestras miradas, que lo recorrían de arriba abajo.

Como he dicho, era joven, treinta años a lo sumo, moreno tostado, con reflejos cobrizos en los pómulos; los rasgos de su rostro eran regulares. normales. Vestía un traje de mezclilla, muy arrugado, camisa sin cuello y calzaba gruesos zapatos, bototos que llaman. Todo él daba la impresión de un trabajador del norte, un minero, un calichero o un carrilano. Sentíamos deseos de hablar con ellos y saber los motivos de la desgracia de aquel hombre. las circunstancias de la misma y tal vez el lugar donde se había originado.

Empezamos a hablar con el agente, charlando de asuntos sin interés, hasta que no pudiendo reprimir su curiosidad, uno de nosotros preguntó:

—¿De dónde vienen?

—De Antofagasta.

—Y. ¿por qué lo trae?

El preso dio vuelta la cabeza y nos miró con aire de cansancio. Sin duda habrían sido muchas las personas que hicieran La misma pregunta durante el largo viaje.

—Por homicidio —respondió el agente. ¿Homicidio?

-Sí, mató a un amigo y compañero de trabajo.

Nos callamos, sintiendo que nuestra simpatía disminuía ante la desnudez del hecho. Pero el preso pareció darse cuenta de ello y dijo:

-Sí, así dicen, que yo lo maté; pero Dios sabe que no supe lo que hacía y que nunca tuve esa intención.

Empezó a hablar, y escuchamos, atónitos, el más original de los relatos.

—¿Cómo lo iba a querer matar, patroncito, cuando lo quería tanto? Durante muchos años anduvimos juntos y nos apreciábamos más que si fuéramos hermanos. Nos conocimos yendo los dos en un enganche para las salitre-ras, y desde el primer momento nos hicimos amigos. Recorrimos casi todo el norte, sin separarnos, corriendo la suerte día tras día, por las salitreras, por las minas, por los puertos, por todas partes. Nos emborrachábamos juntos, y juntos caíamos presos; salíamos juntos también de la capacha. Con uno que trabajara, comíamos los dos. Cuando uno se enfermaba, el otro lo cuidaba mejor que si fuera un pariente. Teníamos confianza ciega el uno en el otro y nunca hubo entre nosotros un sí ni un no. En fin, para qué le cuento más; nos queríamos como caballo. Martín era muy juguetón y muy travieso y le gustaba payasear conmigo; a mí también me gustaba. Eso fue lo que nos perdió. Era muy pesado de mano y me daba unas guantadas, muy fuertezas, que me dejaban atontado. Yo le atracaba también con todas mis fuerzas. pero él era mucho más macizo y cuando pegaba, parecía que lo hacía con una piedra. El me daba un puñetazo y yo le daba otro; él me pegaba una cachetada y yo le plantaba otra; si me pellizcaba lo pellizcaba, y todo esto riéndonos, sin pizca de rabia ni de mala intención, como dos chiquillos. Hasta que una noche, patrón, en que estábamos borrachos en la oficina Baquedano, empezamos con la payasada: me estaba

preparando para acostarme y me había sacado ya la chaqueta, cuando viene por detrás y me da un coscacho que casi me aturde.

“Me dolió muchísimo. ¡ Las manitos que tenía Martín! Me dio rabia, y como tenía el cuchillo en la mano, para ponerlo debajo de la almohada, me di vuelta y le hice así no más, como para asustarlo, ¿y no se fue a morir este.... tonto leso? Se murió, patrón, y yo salí corriendo, llorando a mares, gritando que había muerto a mi compañero. Me llevaron preso, y aunque conté la verdad, nadie me creyó. Dijeron que lo había muerto peleando y me condenaron a cinco años y un día. Nadie ha llorado más que yo, patrón, porque yo era el único que podía llorarlo con razón: él era mi amigo, mi compañero, mi hermano, y yo lo había muerto sin querer, payaseando. Y no crean ustedes que tenga vergüenza de mi condición ni que me importe la condena. Lo único que siento es que se haya muerto, y así, sin motivo, de una manera tan tonta. ¡ Qué desgracia, patroncito, qué desgracia!

Calló el hombre y volvió de nuevo a su actitud de aislamiento. El agente sonreía, mostrando debajo del largo bigote negro una hilera de dientes blancos. Sin duda que el asunto, contado así, resultaba un poco divertido; pero ni yo ni mi amigo sentíamos deseos de sonreírnos. No habíamos visto en el relato sino aquella ternura por el amigo muerto y aquella ingenuidad admirable, que se detenía justamente en el límite de la estupidez.

No cabía duda respecto de la veracidad de su relato y era indudable que en el fondo de su conciencia se consideraba inocente. Y en cierto modo, casi estoy por decir que absolutamente lo era, o que por lo menos no merecía ser condenado, ya que bastante pena y bastante angustia eran para él haber asesinado a la persona que

más quería, a su compañero, a su amigo, a aquel Martín que yo me imaginé grande, colorado, gordo, con bigote color castaño, risueño, despreocupado, vestido con camiseta, faja y pantalón negro.

Les ofrecí cigarrillos al agente y al preso. Aceptaron. El preso fumaba penosamente, levantando las dos manos para llevar y retirar el cigarrillo de la boca. El espectáculo me impresioné demasiado y salí hacia el exterior del coche, parándome a fumar en la plataforma.

El tren corría a través de los cerros que rodean Quilpue y Villa Alemana. Calles llenas de rosales; caminos que se prolongan desde los pueblitos hacia el campo, subiendo perezosamente los cerros; terrenos cultivados, alfalfares, campos de juego, jardines. ¡ Daba gusto mirar! Y daba pena acordarse de aquel que iba en el interior del coche y que durante tantos años no podría echar a andar por un camino que le gustara, libremente, sin pedirle permiso a nadie.

En fin, era ridículo que me dejara llevar por un sentimiento inútil de piedad y conmiseración. Lo que aquel hombre necesitaba era su libertad y nada más. Ni la piedad ni la conmiseración nuestras lograrían amenguar una gota su amargura ni aliviar su desgracia:

¡ Cinco años y un día! Estaba agarrado firmemente por las manos duras del presidio, que lo absorbería con su ancha boca oscura y lo devolvería a la calle cuando el último día de su condena hubiera transcurrido. Ya no habría escapatoria para él. Desde la estación iría al presidio, derecho, recto, fatalmente.

Para olvidar el asunto y distraerme, empecé a silbar y a cantar. Aprovechando el ruido de la marcha del tren, cantaba a grito pelado en la plataforma, fumando y mirando el paisaje. De pronto, el tren piteó; iba llegando a La Calera. Entró a la estación y paró. Los vendedores de frutas y

fiambres, de dulces, atronaron el aire con el reclamo de su mercadería y los pasajeros descendían a comprar. Otros se acercaban a las ventanillas. Entre la gente que bajaba, vi pasar al agente encargado de la custodia del preso. Me miró al pasar y me dijo:

—Voy a comprar algo de comer.

—¿Y el preso? —le pregunté.

—Se estará quieto; es muy tranquilo.

Al bajar, la muerte lo sorprendió brutalmente. En lugar de descender hacia el andén de la derecha, junto al cual estaba detenido el tren, descendió hacia el de la izquierda, atravesando la vía de los trenes de regreso. No alcanzó a llegar, pues una locomotora lo tomó de costado, echándolo sobre los rieles y pasándole después por encima. Lo trituró horriblemente. Yo no pude gritar, tan grande fue mi impresión; pero en medio de ella me acordé del preso y durante varios segundos pensé infinidad de cosas.

La muerte había abierto para aquel hombre la puerta de escape de lo prescrito y lo determinado, y era yo el único que podía sacarlo por ella o volverla a cerrar, pues nadie más que yo, espectador casual del accidente, podía reconocer en aquel montón informe de carne al agente de policía y contar lo que pasaba. ¿Merecía aquel hombre que se le diera una oportunidad para librarse de su condena? Yo creo que sí y lo había pensado ya así al considerar que era inocente, por lo menos en principio. Su remordimiento y su pena eran ya bastante carga para su alma. Por otra parte, el único interesado, por obligación del oficio, en que se cumpliera la condena de aquel hombre, era el agente y el agente había muerto. La justicia, persona abstracta, habla perdido su representante, y mientras apareciera otro, aquel hombre estaba libre. Claro es que yo..

Pero no quise pensar más y entré al vagón decidido a

facilitar el salto de aquel hombre en el trampolín de la suerte. Que cayera donde pudiera.

Una vez dentro vi que mi amigo estaba muy pálido y miraba fijamente por la ventanilla. Había presenciado también el accidente, pues nuestro asiento era el más cercano a la plataforma y daba hacia el lado izquierdo. Al verme pareció interrogarme con la mirada. Sin duda tenía en su cabeza idénticos pensamientos.

—¿Qué hacemos?

Los demás pasajeros estaban distraídos, efectuando apresuradamente sus compras, y aquellos que ya tenían noticias del accidente, no sospechaban quién era el atropellado por la locomotora.

—Ándate —le dije al preso en voz baja, rápidamente.

—¿Y cómo, patrón? ¿No ve cómo estoy? -me preguntó, mostrándome sus manos esposadas—. Entrégueme a la policía, mejor. Después, si me pillan, es peor.

Yo vacilé. El asunto salía ya de la simple simpatía y de la aquiescencia piadosa y entraba en la franca complicidad. Pero mi amigo resultó más atrevido que yo. Tomó el sombrero del preso y poniéndolo sobre las esposas, le dijo:

—Sujétalo ahí.

El hombre tomó el sombrero con una mano y lo colocó de modo que le tapara las esposas.

—Vamos.

El preso se levantó. Estaba muy pálido y tiritaba, no sé si de alegría o de miedo, hasta el punto de castañearle los dientes. Yo estaba también muy nervioso y me temblaban las piernas. Bajamos del tren hacia la derecha y salimos de la estación. tomando después una calle cualquiera. Caminamos en silencio, sin mirarnos, entregado cada uno a sus reflexiones o a su angustia.

Llegamos a las afueras del pueblo y buscamos un sitio

solitario donde ocultarnos. Digo buscamos, y no es cierto; mi amigo era el que nos llevaba. Habla tomado la aventura por su cuenta y nos dirigía con una audacia que nunca sospeché en él. Nos dejábamos llevar, dócilmente, obedeciendo a su voluntad y, en cierto modo, descansando en ella.

Nos escondimos detrás de un árbol.

—Busca dos piedras grandes, pronto.

Encontré lo que me pedía, y él, colocando una en el suelo, hizo poner al hombre una mano sobre ella y con la otra empezó a golpear la argolla de hierro de la esposa. A mí me parecía que los golpes se escuchaban desde la estación.

Vigilaba anhelante.

De pronto oí un grito.

—¡Ayayay, patrón!

En lugar de pegar en la argolla, mi amigo, en su precipitación, había dado en la mano del hombre.

—Te estoy dando la libertad y todavía te quejas —dijo mi amigo.

—Pero pegue en la argolla, pues, patrón —replicó el preso.

Por fin la esposa se partió en dos y el preso levantó en el aire su mano magullada. Empezaba a saborear la libertad.

~—Vamos, a la otra. Golpea tú; yo me cansé.

Tomé la piedra, y mientras mi amigo vigilaba empecé a golpear la argolla de la otra mano. No resistió mucho tiempo, pues yo pegaba con precisión y firmeza. Una vez rota, mi amigo la cogió y la arrojó entre las ramas del árbol. Ahí quedó enganchada.

Después, nos encontramos los tres mirándonos de frente, sorprendidos. Habían pasado el entusiasmo y la angustia de la aventura. El preso, inmóvil, parecía esperar nuestro consejo o nuestra palabra de liberación. Tímido, a pesar de todo lo sucedido, no se consideraba

aún libre; se sentía atado a nosotros y no se atrevía a marcharse sin que se lo indicáramos.

—¿Qué esperas? Ándate —le dije—. Y procura no jugar con nadie teniendo un cuchillo en la mano y estando borracho.

—Si, patrón; para otra vez tendré más cuidado.

Empezó a andar, despacio, sin mirar para atrás, en dirección al campo, a los cerros. Pero, sin duda, por vergüenza o por otro sentimiento análogo, nuestra presencia le molestaba y le impedía sentirse verdaderamente en libertad, porque de pronto echó a correr, a correr, cada vez más ligero, hasta desaparecer en medio de un grupo de árboles.

EL COLO - COLO

NEGRA Y FRÍA era la noche en torno y encima del rancho de José María Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio, montado en su macho negro, dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos boldos. Los quelteñues gritaban, de rato en rato, anunciando lluvia, y algún guairao perdido dejaba caer, mientras volaba, su graznido estridente.

Dentro del rancho la claridad era muy poco mayor que afuera y la única luz que allí brillaba era la de una vela que se consumía en una palmatoria de cobre. En el centro del rancho había un brasero y alrededor de él dos hombres emponchados. Sobre las encendidas brasas se vela una olla llena de vino caliente, en el cual uno de los emponchados, José Manuel, dejaba caer pequeños trozos de canela y cáscaras de naranjas. —Esto se está poniendo como caldo —murmuró José Manuel.

—Y tan oloroso.. Déjame probarlo —dijo su acompañante.

—No, todavía le falta, Antuco.

—¡ Psch! Hace rato que me está diciendo lo mismo. Por el olorcito, parece que ya está bueno.

—No.. . acuérdese que tenemos que esperar al compadre Vicente y que si nos ponemos a probarlo, cuando él llegue no habrá ni gota.

—¡ Pero tantísimo que se demora!

—Pero si no fue allí no más. pues, señor, Tenía que llegar hasta los potreros del Algarrobillo, y arreando. Por el camino. de vuelta lo habrán detenido los amigos para echar un traguito. . .

—Sí. un traguito. .Mientras el caballero le estará atracando tupido al mosto, nosotros estamos aquí escupiendo cortito con el olor. . . Déjame probarlo, José Manuel.

—Bueno. ya está, condenado; me la ganaste. Toma.

Metió José Manuel un jarrito de lata en la olla y lo sacó chorreando de oloroso y humeante vino, que pasó a su amigo. el cual. atusándose los bigotes. se dispuso a beberlo. En ese instante se sintió en el camino el galope de un caballo; después. una voz fuerte dijo:

—¡ Compadre José Manuel!.

—¡ Listo! —gritó Pincheira, levantándose, y en seguida a su compañero--: ¿No te dije, porfiado. que llegaría pronto?

—Que llegue o no, yo no pierdo la bocarada.

Y se bebió apresuradamente el vino. quemándose casi.

Frente a la puerta del rancho, el campero Vicente Montero había detenido su caballo.

—Baje, pues, compadre.

—A bajarme voy.

Desmontó. Era un hombre alto, macizo, con las piernas arqueadas, vestido a usanza campesina.

Entre compadre: lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

—¡Ah! eso es muy bueno para matar el bichito!. Aunque ya vengo medio caramboleado. En casa del chico Aurelio, casi me atoraron con vino.

Avanzó a largos y separados pasos. haciendo sonar sus grandes espuelas, golpeándose las polainas con la gruesa penca. A la escasa luz de la vela se vio un instante el rostro de Vicente Montero. obscuro. fuerte, de cuadrada

barba negra. Después se hundió en la sombra. mientras los largos brazos buscaban un asiento.

—Está haciendo frío.

—Debe estar lloviendo en la costa.

—Bueno, vamos a ver el vinito.

—Sirve, Antuco.

Llenó Antonio el jarrito y se lo ofreció a Vicente. e Este lo tomó. aspiró el vaho caliente que despedía el vino, hizo una mueca de fruición con la nariz y empezó a bebérselo a sorbitos. dejando escapar gruñidos de satisfacción.

—Esto está bueno. muy bueno. Apuesto que fue Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar mixturas. Creo que se ha pasado la vida en eso.

—No -protestó Pincheira-, lo hice yo. y si no fuera porque lo cuidé tanto. Antuco lo habría acabado probándolo.

Rió estruendosamente Vicente Montero. Devolvió el jarrito y Antonio lo llenó de nuevo, sirviéndole esta vez a José Manuel.

—Bueno, cuenta. ¿cómo te fue por allá?

—Bien: dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

¿Cómo está la gente?

—Todos alentados. ¡ Ah. no! Ahora que me acuerdo, hay un enfermo.

—¿Quién?

—Taita Gil.. . Pobre viejo, se va como un ovillo.

—¿Y qué tiene?

—¡Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando. pero para mí que es pensión. ¡ Le han; pasado tantas pobre viejo, y tan seguidas!

- Bien puede ser el colocolo...

- ¡ Qué va a ser, señor! Oye, Antuco. pásame otro traguito...

Volvió a circular el jarro lleno de vino caliente.

— ¿Tú no crees en el colo colo?

—No, señor. cómo voy a creer. . . Yo no creo más que en lo que se ve. Ver para creer, dijo Santo Tomás.

-¿Quién ha visto al colocolo? Nadie. Entonces no existe. ¡ -

¡Psch! ¿Así que tú no crees en

- Este. . . No sé, pero en el colo colo no creo. ¿Quién lo ha visto?

—Yo lo he visto —afirmó José Manuel.

—Sí con los ojos del alma. . . ¡ Son puras fantasías, señor. Las ánimas, los chonchones, el colocolo, la cachona. las candelillas... Ahí tienes tú: yo creo en las candelillas porque las he visto.

-¡ No estés payaseando! _ -exclamó asustado Antonio.

- Claro que las vi.

—A ver, cuenta.

—Se lo voy a contar. . . Oye. Antuco. pásame otro trago.

Así tan seguido se pierde el tañido!

No lo hicieron para tomar? Tornémoslo, entonces. José Manuel y Antonio se echaron a reír.

—¡ Este diablo tiene más conchas que un galápagos!

-Bueno, cuenta.

—Espérense que mate este viejo.

Se bebió el último sorbo que quedaba en el jarro, lanzó un sonoro_¡ dijo: .

-Cuando yo era muchachón. tendría unos diecinueve años, fui un día a la ciudad a ver a mi tío Francisco, que tenía un negocio cerca de la plaza. Allí se me hizo tarde y me dejaron a comer. Después de comida. cuando me vieron preparándome para volver a casa. empezaron a decirme que no me viniera, que el camino era muy solo y peligroso y la noche estaba muy oscura. Yo, firme y firme en venirme. hasta que para asustarme me dijeron:

“—No te vayas. Vicente; mira que en el potrero grande están saliendo candelillas.

- Están saliendo candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de ver esos pajaritos.

“Total, me vine. Traía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más quiere un hombre? Venía un poco mareado. porque había comido y tomado mucho, pero con el fresco de la noche se me fue pasando. Eché una galopada hasta la salida del pueblo y desde ahí puse mi caballo al trote. Cuando llegué al potrero grande. tomé el camino al lado de la vía. al paso. Atravesé el río. No aparecían las candelillas. Entonces. creyendo que todas eran puras mentiras. animé el paso del caballo y empecé a pensar en otras cosas que me tenían preocupado. Iba así, distraído, al trote largo. cuando en esto se para en seco el caballo y casi me saca librecito por las orejas. Miré para adelante, para ver si en el camino había algún bulto. pero no vi nada. Entonces le pegué al caballo un chinchorrazo con la penca en el cogote. gritando:

“—¿Qué te pasa. manco del diablo?

“Y le aflojé las riendas. El caballo no se movió. Le pegué otro pencazo. Igual cosa. Entonces miré para los costados. y vi, como a unos cien pasos de distancia. dos luces que se apagaban y encendían, corriendo para todos lados. Allí no había ningún rancho. ninguna casa. nada de donde pudiera venir la luz. Entonces dije: —Estas son las candelillas”.

-¿Las candelillas? -preguntó Antonio.

—Las candelillas. ..Pásame otro trago. por preguntón. ..Como el caballo era un poco arisco, no quise apurarlo más. Me quedé allí parado. tanteándome la cintura para ver si el cuchillo saldría cuando lo necesitara. y mirando aquellas luces que se encendían y se apagaban y corrían de un lado para otro, como queriendo marearme. No se veía sombra ni bulto alguno, De

repente las luces dejaron de brillar un largo rato y cuando yo creí que se habían apagado del todo, aparecieron otra vez, más cerca de lo que estaban antes. El caballo quiso recular y dar vuelta para arrancar, pero lo atrinqué bien. Otro rato estuvieron las luces encendiéndose y apagándose y corriendo de allá para acá. Se apagaron otra vez sin encenderse un buen momento, y

aparecieron después más cerca. Así pasó como un cuarto de hora, hasta que acostumbrándome a mirar en la obscuridad, empecé a ver un bulto negro, como una sombra larga, que corría debajo de las luces. ...‘Aquí está la payasada’, me dije. ‘Y haciéndome el lesa, principié a desamarrar uno de los pesados estribos de madera que llevaba: lo desaté y me afirmé bien la correa en la mano derecha. Con la otra mano agarré el cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un pelo en el aire, y espere.

‘Poco a poco fueron acercándose las luces, siempre corriendo de un lado para otro, apagándose y encendiéndose. Cuando estuvieron como a unos cuarenta pasos, ya se veía bien el bulto; parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse un poquito más y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firmes las espuelas y me fui sobre el bulto, haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ‘¡ Allá va, allá va valía valía vallaaaaa! El bulto quiso arrancar, pero yo iba como celaje. A quince pasos de distancia revoleé con fuerzas el estribo y lo largué sobre el bulto. Se sintió un grito y la sombra cayó al suelo. Desmonté de un salto y me fui sobre el que había caldo, lo levanté con una mano y zamarreándolo, mientras lo amenazaba con el cuchillo, le grité:

“—¿Quién eres tú? ¡ Habla!

“No me contestó, pero se quejó. Lo volví a zamarrear

y a gritar, y entonces sentí que una voz de mujer. ¡ de mujer. compadre! me decía:

-No me hagas nada. Vicente Montero.

-¿Era una mujer?

¡Una mujer. compadrito de mi alma! Y yo. bruto. le había dado un estribo como para matar un burro.

Pásame otro trago, Antuco. Al principio no me di cuenta de quién era. pero después. al oírla hablar más. vine a caer: era una mujer conocida de la casa. que tenía tres hijos y a quien se le había muerto el marido tres meses atrás. Le pregunté qué diablos andaba haciendo con esas luces, y entonces me conté que lo hacía para ganarse la vida, porque como la gente era tan pobre por allí, no tenía a quién trabajarle y no quería irse para la ciudad y dejar abandonados a sus niños. En vista e todo esto había resuelto ocuparse en eso.

¡ La media ocupación que había encontrado!

—Se untaba las manos con un menjurje de fósforos y azufre que se las ponía luminosas y salía en el potrero a asustar a los que pasaban, abriendo y cerrando las manos y corriendo para todos lados. Algunos se desmayaban de miedo: entonces ella les sacaba la plata que llevaban y se iba. Total, después que se animé y se sacó la sotana en que anclaba envuelta, la subí al anca y la traje para el pueblo. Y desde entonces. hermano Juan de Dios. cuando me hablan de ánimas y de aparecidos. me río y digo: ¡ Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribo en la mano! - Sírveme otro traguito. Antuco. .

—¡Pero. hombre. te lo has tomado casi todo vos solo!

¿ Pero no lo habían hecho para mí?

—Ahí tienes tú. Vicente; yo no creo mucho en ánimas. pero en el colocolo, si. Mi padre murió de eso.

—Sería alguna enfermedad ---dijo Vicente. desperezán-

dose—. Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas. ¡ Ah! —bostezó.

—Y te voy a contar cómo fue, sin quitarle ni ponerle nada.

—Cuenta, cuenta.

—Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fue un hombre robusto, bien plantado, macizote. Cuando esto pasó, yo tendría unos diecinueve años. Vivíamos en Talca, cerca de la estación. Un día, por éstas y por las otras, mi padre decidió que nos cambiáramos a otra casa. a una que estaba al lado del presidio. La casa era de adobe, grande, aunque muy vieja: pero nos convenía el cambio. porque andábamos un poco atrasados. Cuando nos estábamos cambiando, vino una viejita que vivía cerca y le dijo a mí padre:

Mira. José María, no te vengas a esta casa. Desde que murió aquí el zambo Huerta. nadie ha podido vivir en ella sin tener alguna desgracia en la familia. ..La casa está apestada: tiene colo colo....

“Mi padre se rió con boca. ¡Colo colo! Eso estaba bueno para las viejas y para asustar a los chiquillos, pero a los hombrecitos como él no se les contaban esas mentiras....

“—No tenga cuidado, abuela: en cuanto el colocolo asome el hocico, lo hago laco de un pisotón....

“Se fue la veterana. moviendo la cabeza. y nosotros terminemos la mudanza.... La casa era muy sucia, había remillones de pulgas y las murallas estaban llenas de cuevas de ratones. .. En el primer tiempo no sucedió nada, pero. e poco andar. mi padre empezó a toser y e ponerse pálido; se fue enflaqueciendo y en la mañana despertaba acalorado. De noche tosía ten fuerte que nos despertaba a todos. Le dolía la espalda y sentía vahídos.

—¿Qué diablos me está dando? —decía.

“Mi madre le preparó algunos remedios caseros y le daba friegas.... No mejoraba nada....

“—¿Por qué no ves un médico, José María? —le decía mi madre.

“—No, mujer, si esto no es nada. Debe ser el garrotazo el que me ha dado. . . Pasará pronto.

“Pero no pasaba; al contrario, empeoraba cada día más. Después le vino fiebre y un día echó sangre por la boca. ~Se quejaba de dolores en la espalda y en los brazos. No pudo ir a trabajar. Una noche se acostó con fiebre. Como a las doce, mi madre, que dormía cerca de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

¡ El colocolo! ¡ El colocolo!

—¿Qué te pasa, José María? —le preguntó mi madre, llorando.

“—¡ El colocolo! ¡ Me estaba chupando la saliva!

“Nos levantamos todos. Mi padre ardía de fiebre y gritaba que había sentido al colocolo encima de su cara, chupándole la saliva. Esa noche nos amanecimos con él. Al otro día llamamos un médico, lo examinó y dijo que había que darle éstos y otros remedios. Los compramos, pero mi padre no los quiso tomar, diciendo que él no tenía ninguna enfermedad y que lo que lo estaba matando era el colo colo. Y el colocolo y el colocolo y de ahí no lo sacaba nadie.

—¡ Y dale con el colocolo! —murmuró Vicente Montero.

—Se le hundieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin alientos y respiraba seguidito.

“—No me dejen solo —decía—. En cuanto ustedes se van y me empiezo a quedar dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas. con el hocico bien puntiagudo. Se me pone encima de la boca y me chupa la saliva. No le he podido agarrar, porque en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y lo veo cuando va arrancando. ¡ No me dejen solo, por Diosito!

"En la casa estábamos con el alma en un hilo.

andábamos despacito como fantasmas y no sabíamos qué diablos hacer.! No es broma ver que a un hombre tan fuerte como un roble se lo lleva la Pelada sin decir ni ¡ ay!

Y así, hasta que mi padre pidió que llamáramos a La viejecita que le había aconsejado que no nos fuéramos a esa casa. Fuimos a buscar a la señora. vino, y cuando vio el estado en que se encontraba mi padre, le dijo:

“—¿No te dije. José María Pincheira. que no te vinieras a esta casa. que había colocolo?

- “—Sí. abuela, tenía razón usted... Pero ¿Qué se puede hacer ahora?

“—Ahora. lo único que se puede hacer es aguaitar al colocolo en qué cueva vive; a veces se sabe por el ruido que hace; se queja y llora como una guagua recién nacida. Cuando no grita, para encontrarlo hay que espolvorear el suelo con harta harina, echándola de modo que no quede ninguna huella encima. Al otro día se busca en la harina el rastro del colocolo y una vez que se ha dado con la cueva, se la llena de parafina mezclada con agua bendita... Con esto no vuelve nunca más.

¿Es un ratón el colocolo? —preguntó mí madre.

“—No. mi señora, parece un ratón y no lo es: parece un pájaro y no es pájaro: llora como una guagua y no es guagua; tiene plumas y no es ave.

"-¿Qué es entonces?

“—Es... el colocolo. Nace del huevo huero de una gallina. Cuando se deja abandonado un huevo así, sin hacerlo tiras, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla: cuando nace. -le da de mamar y le enseña a chupar la saliva de las personas que duermen con la boca abierta.

“Se fue la señora, dejándonos más asustados de lo que estábamos antes. Esa noche llenamos de harina todo el piso de la pieza. desparramándola de adentro para afue-

ra. de modo que no quedara rastro alguno. Mi hermano Andrés y yo nos tendimos en la puerta, de guardia, armados de piedras y palos, listos para entrar cuando mi padre llamara. Conversando y fumando, nos quedamos dormidos. A medianoche nos despertó el grito de mi padre:

¡ El colocolo! ¡ El colocolo!

“Entramos y no hallamos al dichoso bicho. Buscamos las huellas, pero había tantas, que nos salió lo mismo que si no hubiera ninguna. En todas las bocas de las cuevas había huellas de entradas y salidas de ratones. ¿Cómo íbamos a saber cuáles eran las del colocolo?

“Al otro día se repitió la pantomima. Mi padre estaba muy mal tosía y tenía una fiebre de caballo. Más o menos a la misma hora de la noche anterior, sentimos que se quejaba como una persona que no puede respirar. Escuchamos y oímos como un gemido de niño chico. De repente mi padre se sentó en la cama y dio un grito terrible. Entramos corriendo y vimos al colocolo; iba subiendo por la muralla hacia el techo.

Allá va, Andrés, mávalo!

“Mí hermano, que estaba del lado en que el animal iba subiendo, le dio un peñascazo con tanta puntería, que le pegó medio a medio del espinazo. Se sintió un grito agudo, como de mujer, y el colocolo cayó en un rincón. Si lo hubiéramos buscado en seguida, tal vez lo habríamos encontrado, pero con el miedo que teníamos y con lo que nos demoramos en tomar la luz, el colocolo desapareció, dejando rastros de sangre a la entrada de una cueva.

“En la mañana murió mi padre. Vino el médico y dijo que había muerto de la calentita. que la casa estaba infectada y que nos debíamos cambiar de ahí.

“Después que enterramos al viejo, hicimos una excavación en la cueva en que se había metido el

colo colo, pero no encontramos nada. La cueva se comunicaba con otra.

“Nos fuimos de la casa y un mes después, en la noche, volvimos mi hermano Andrés y yo y le prendimos fuego. Y dicen que cuando la casa estaba ardiendo, en medio de las llamas se sentía el llanto de un niño.

Terminó su narración José Manuel Pincheira y en el instante de silencio que siguió a su última palabra se oyó un suave ronquido. Vicente Montero se había dormido.

—Se durmió el compadre.

—Debe estar cansado. . . y borracho.

—¡ Eh! -le gritó José Manuel, dándole un golpe con la mano.

Dormido como estaba y-medio borracho el empujón hizo perder el equilibrio a Vicente Montero, que osciló como un barril, inclinándose hacia atrás. Alcanzó a enderezarse y saltó a un lado gritando: -

—¡ Epa, compadre!

—¿Qué le pasa, señor? —le preguntó irónicamente Antonio.

—¡ Por la madre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed.

Se rieron José Manuel y Antonio. Vicente, despreciándose, dijo:

—Ya debe ser muy tarde.

Buscó en todos sus bolsillos, diciendo:

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Tienes reloj,-Vicente? Andas muy en la buena.

—Sí, tengo un reloj que le compré al mayordomo. Aquí está.

Y sacó un descomunal reloj Waltham.

—¡Ja, ja! Ese no es un reloj, pues, señor... Eso es una piedra de moler. ¡ Una callana! -

—Sí, ríanse, no más.. . Este es un reloj macuco. Anda

mejor que el de la iglesia. Cuando el de la iglesia da las doce, el mío hace ratito que Tas ha dado. Me sirve muchísimo. Estuve como un año juntando plata para comprarlo. No lo dejo ni de día ni de noche. Cuando me acuesto lo cuelgo en la cabecera y le digo: Mañana a las seis. ¿no? Y a las seis en punto despierto. No lo cambio -ni por un caballo con aperos de plata. . Ya son las once y media. Me voy.

Se despidieron los amigos y después de dos tentativas para montar, Vicente Montero montó y se fue. Dejó que su caballo marchara al trote, abandonándose a su suave vaivén. Tenía sueño, modorra; el alcohol ingerido se desparramaba lentamente por sus venas, produciéndole una impresión de dulce cansancio. Inclino la cabeza sobre el pecho y empezó a dormir, aflojando las riendas al caballo, que aumentó su carrera. Insensiblemente se fue durmiendo, deslizándose por una pendiente suavísima. De pronto apareció ante sus ojos, en sueños, un enorme ratón con ojos colorados y ardientes que empezó a correr delante del caballo. Corría, corría, dándose vuelta de trecho en trecho para mirarlo con sus ojos ardientes. Después se paró ante el caballo y dando un salto se colocó sobre la cabeza del animal, desde donde empezó a mirarlo fijamente. Era un ratón horrible, con pequeñas plumas en vez de pelos, la cabeza pelada y llena de sarna y el hocico puntiagudo, en medio del cual

-se movía una lengua roja y fina como la de una culebra. Mucho rato estuvo allí, mirándolo sin cerrar los ojos. hasta que dando un chillido saltó y quedó colgando de la barba de Vicente Montero.

—¡ Eh! —gritó éste angustiosamente, tirando con todas sus fuerzas de las riendas. Detenido bruscamente en su carrera, el caballo dio un fuerte bote hacia el costado y Vicente Montero, después de dar una vuelta en el aire, cayó de cabeza al suelo.

La

violencia del golpe y el estado de semiembriaguez en que se encontraba, hicieron que se desvaneciera. Rezonó unas palabras y allí quedó, medio desmayado y medio dormido.

Así estuvo largo rato. . Después despertó, sintió un escalofrío, se restregó los ojos y miró a su alrededor, atontado. Vio a su caballo, unos pasos más adelante, mordisqueando unas hierbas.

—¿Qué diablos me habrá pasado?

El aire y el sueño le habían avivado la borrachera. Se puso de rodillas, tiritando, procurando explicarse la causa de su estada en ese sitio y en esa postura. Recordó algo, muy vagamente: el colocolo, un hombre que se había muerto porque se le había acabado la saliva, una vieja que echaba harina en él suelo, y un ratón con ojos colorados, sin saber si todo eso lo había soñado o le había sucedido.

Se afirmó en una mano para levantarse, y al ir a hacerlo, miró hacia el suelo. Allí vio algo que lo dejó inmóvil. A un metro de distancia, entre el pasto alto, un ojo claro y brillante lo miraba fijamente.

—Esta sí que es grande —murmuró, volviendo a caer de rodillas y mirando asustado aquel ojo amenazante. Recordó entonces el horrible ratón de ojos ardientes que había visto o soñó ver. Hizo: ‘¡ Chis! ‘, queriendo espantar a aquel ojo fijo, pero éste continuó mirándolo. Si hubiera tenido la estribera. . De pronto se estremeció de alegría: recordó que en el sueño, o en lo que fuera, alguien había muerto un colocolo de un peñascazo.

—Espérate, no más... ¡ Colocolos conmigo!

Tanteó en el suelo. buscando una piedra: encontró una de tamaño suficiente como para aplastar media docena de colocolos, y calculando bien la distancia la lanzó hacia aquel ojo luminoso y fijo, gritando:

—¡Toma!

Se sintió un leve chirrido y él saltó hacia adelante; estirando la mano hacia el supuesto colocolo. Cogió algo frío y lleno de pequeñas puntas afiladas. Sintió un escalofrío de terror y lanzó violentamente hacia arriba lo que había tomado; en el momento de hacerlo, sin embargo; recordó algo que le era familiar al tacto en la forma y en la frialdad. Estiró la mano y recogió el objeto que descendía. Lo acercó a sus ojos y vio algo que le hizo darse un golpe de puño en el muslo, al mismo tiempo que gritaba con rabia:

—¡Por la misma remadre! ¡ Mi reloj Waltham! .

**LA AVENTURA DE MR.
JAIVA**

CUANDO Mr. Jaiva apareció a la entrada de la pista, un sordo murmullo se levantó de las galerías y plateas, pasó rozándolo como una enorme y pesada ola, y después, ascendiendo, pareció hinchar la lona de la carpa. Mr. Jaiva, atemorizado, se detuvo.

Hacia su debut esa noche y estaba anunciado como número de gran atracción: “Mr. Jaiva, parodista, imitador, monologuista. Gran éxito en los mejores casinos de Sudamérica. Eso era lo que decían los programas y cartelones, pero la verdad era distinta. Raúl Seguel no había sido jamás artista de circo o de varieté. Había iniciado su carrera artística en Santiago como galán cómico de un cuadro de obreros aficionados y cuando se creyó con desplante escénico, fogueado ante el público, abandonó un empleo que tenía en Gath y Chaves y se incorporó, en calidad de galán dramático y cómico, a una compañía nacional que hacía una gira al sur.

La gira fue desastrosa. Raúl Seguel volvió con la misma ropa con que fue y con veinte pesos en el bolsillo. Además, durante la gira, descendió de categoría. Su poco interesante figura, su voz sin tono y sin gracia, su manera poco elegante de caminar en escena y su escaso equipaje, no eran cualidades suficientes para desempeñar un puesto tan importante como es el de galán joven, cómico y dramático a la vez.

Al final de la gira no le daban ya sino aquellos

papeles en que no tenía que hablar más de cuatro o cinco palabras cada vez que salía a escena:

—La señora no ha vuelto.

—La sopa está en la mesa.

—Una carta para el señor.

De vuelta de la gira, disuelta la compañía en Santiago, Raúl Seguel se encontró sin contrata y con una cantidad de dinero que le alcanzaba justamente para pagar cinco días por una pieza sin comida. Por lo menos, tenía dónde dormir durante ese tiempo. Pero después de aquellos cinco días...

El teatro hízole perder la costumbre del trabajo constante, como empleado o como obrero, y estaba convencido de que sería incapaz de servir algún puesto que le exigiera levantarse temprano.

Además, tenía la ilusión del teatro. Lo que le faltaba eran - cualidades. Pero Raúl Seguel no se dio nunca cuenta de ello.

Tres días ambuló por Santiago casi sin comer, en busca de alguna noticia, de alguna oportunidad, pero nada. No se levantaba un telón en Santiago. Al cuarto día se encontró con un amigo de sus tiempos de aficionado, que trabajaba ahora como prestigeador y malabarista en un circo de la calle Mapocho.

Raúl Seguel le contó la angustiada situación por que atravesaba y el amigo lo escuchó, callado, como quien espera un golpe que vendrá de sorpresa. Pero Raúl Seguel no le pidió dinero. En vista de esto, el amigo le aconsejó:

—Dedícate al circo.

Raúl creyó que su amigo se volvía loco.

—¿Y qué voy a hacer yo en el circo?

—Cualquier cosa. Puedes hacer un tony elegante, fino, de salón que se llama.

—Pero, hombre, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Pero ¿qué tiene? El tony Chalupa empezó como galán cómico de compañías nacionales. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo? ¿Sabes en qué trabajaba antes el tony Calzoncitos, gran éxito en mi circo? Era suplementero. Hoy día gana la plata que quiere. Sin money no hay tony...

—No, no podría, francamente...

—De parodista, entonces. ¿No sabes algunos monólogos, parodias, imitaciones? Eso gusta mucho.

—Sí, pero son cosas muy viejas, muy conocidas.

—No hay nada más viejo y conocido que lo que yo hago en el circo, y, sin embargo, la gente se queda así, con la boca abierta. ¿Qué sabes hacer?

—Sé hacer las imitaciones de los cojos, parodias de los bailes y dos monólogos cómicos.

—¡Muy bien! Son tres números. Mira, anda esta noche al circo, te presento a Constantino, el patrón, y todo queda arreglado. Ni él ni el público del circo son exigentes. Además, cuando la cosa va mal, sale el tony y lo arregla todo. Pagan veinte pesos por noche. Piénsalo bien y decídetete.

*

Raúl Seguel lo pensó y se decidió. Entre dos riesgos: el de morirse de hambre en la calle o el de que lo silbaran y le arrojaran una silla por la cabeza, prefirió el último, que por lo menos tenía remedio. Habló con el patrón del circo, un griego, hombre de fuerza, hércules circense en otra época, formidable de grasa y de músculos, y todo quedó arreglado. Debutaría al día siguiente.

—¿Qué nombre va a usar?

Raúl ya lo había pensado y contestó:

—Mr. Jaiva.

—Muy bien.

El griego hizo pintar grandes cartelones anunciando el debut del nuevo artista, procedente de los mejores casinos de Sudamérica: Mr. Jaiva.

*

Y allí estaba Mr. Jaiva, en la entrada de la pista, atemorizado, sintiendo en su rostro el aliento del público que llenaba las galerías y las plateas. Tenía la impresión de que sus músculos y sus nervios se le iban a aflojar de repente, abandonándolo, dejándolo caer como un atado de ropa.

El circo estaba lleno. El anuncio de un debut que vendría a renovar un programa ya demasiado repetido, había llevado, mucha gente. Y no era de la más fina. La flor y nata de la palomilla de las orillas del río estaba apretada en galería, como una bandada de gansos, presta a graznar en cuanto hubiera motivo y ocasión. Suplementeros, lustradores, revendedores de frutas con sus delantales sucios y sus gorras inverosímiles; chiquillos limosneros, acarreadores de la Vega y de la Estación, vendedores de pequeños y de tortillas, rateros, toda una colonia mugrienta y alborozada, con la boca abierta, que había pagado sesenta centavos por la entrada y que quería divertirse como si hubiera pagado diez pesos. Además, choferes, obreros con sus familias, tres o cuatro borrachos y algunos guardianes francos.

En las plateas y en los palcos recubiertos con fundas de cretona barata, se velan vequinos, carniceros, dueños de restaurantes del Mercado, individuos gordos, colorados, con chaquetas cortas y enormes cadenas de oro que rutilaban sobre el chaleco.

Raúl Seguel se había vestido de un modo excéntrico,

procurando ridiculizar una figura de extranjero. Llevaba puesto un tongo, su tongo de galán cómico; pintados de rojo los pómulos y la nariz; una pequeña barba rubia. Luego, un chaqué, su chaqué de galán dramático; debajo del chaleco y de la parte alta del pantalón hablase puesto un relleno para simular una enorme barriga. Una gran flor en el ojal del chaqué, las polainas marrones, un altísimo cuello de guillotina y un fenomenal bastón que el malabarista le había conseguido entre sus compañeros, completaban la indumentaria de Mr. Jaiva, que tanto podía ser la de un inglés, como la de un alemán o un ruso.

Raúl Seguel no creyó nunca que el circo le produciría una impresión tan fuerte. Estaba allí, parado, observado por cientos de ojos curiosos, que lo miraban desde todas partes, por delante, por los costados, por detrás, a su sabor. La luz fuerte de las pantallas y barandales lo cegaba y hubo un momento en que sus ojos deslumbrados no vieron sino una cara enorme, con unos ojos pavorosos y una boca monstruosa, que sólo esperaba sus palabras para congestionarse de risa.

Los artistas que habían ya hecho sus números, parados a la entrada de la pista, vestidos con sus uniformes azules, lo miraban también, un poco extrañados por su silencios

De pronto, la voz de su amigo el malabarista lo sacó de su entorpecimiento:

—¡Vamos! ¿Qué haces? El griego te está mirando.

¡El griego! Raúl Seguel lo buscó con la mirada. Allí estaba en el pasadizo de la platea, con su alta estatura, su vientre y su pescuezo formidable, observándolo nerviosamente. ¿Por qué no empezaría a hablar ese imbécil? Le hizo un gesto con la cara, como diciéndole:

—¿Qué esperas, bruto? ¡Habla!

En ese momento una voz fina de muchacho se deslizó por el aire como una serpentina:

¡Habla, pues, patilludo!

Risas aisladas chasquearon aquí y allá.

Entonces Mr. Jaiva se adelantó, hizo un esfuerzo y dijo, procurando dar a su voz un tono exótico:

—Respetable público... Mi ser un artista extranjera qui viene in Chile para hacer jugarretas y payasadas...

Volvieron a chasquear, disparejas, algunas risas.

—Y yo quiera hacer ante ustedes algunas parodias e imitaciones mocho graciosas... ¡ Ja, ja, ja!

Rió con una risa hueca, desconcertante. Las risas volvieron a brotar displicentes, aisladas unas de otras.

—Voy a hacer una imitación del origen de los bailes..., vamos a ver.

Esa fue su perdición: empezar su trabajo con un número tan hecho ya en circos, biógrafos y teatros y tan conocido por los aficionados a los espectáculos de varieté. El público juzgó que era demasiado bombo y mucha espera para tan poca novedad y manifestó su desagrado silbando y gritando:

¡Ya llegaste!

—¡Córtate la patilla!

—¿Dónde aprendiste esa novedad?

Una voz de borracho dominó:

— Mejor que reces el Padre Nuestro!

Una tempestad de risas azotó la carpa. Mr. Jaiva esperó que amainara y continuó su número, procurando hacerlo lo mejor posible. Pero su voz, esa voz fría, blanca, sin gracia, resbalaba por la indiferencia del público sin lograr penetrarla, y resonaba en el circo como dentro de una cripta.

Cuando terminó su primer número, nadie aplaudió. La gente de palco y de platea oíalo como quien oye llover, y en cuanto a la galería, la temible galería. habíalo olvidado: no le oía ni lo miraba. Hablaban los chiquillos y los hombres, gritándose de un banco a otro,

comiendo pequeños y tirándose con cáscaras de naranja. Los vendedores gritaban:

—¡ Va a tomar la bilz y la aloja!

—¡ A chaucha los sängüiches! ¿Quién me -dijo un sängüiche? Mr. Jaiva empezó a transpirar. ¿Para qué se habría metido en aquella aventura? Miró hacia donde estaba el griego, en busca de un movimiento o de un gesto que lo animara, pero el hércules retirado mostraba una cara seria, amenazante casi. Los demás artistas lo miraban fríamente y el malabarista había desaparecido. Se encontraba—solo.

Estaba solo en medio de la pista, rodeado de salvajes que gritaban y pateaban, indiferentes a su angustia, no queriendo sino divertirse, aunque fuera a costa de él., Casi sintió ganas de llorar, pero se rehizo. Era necesario que terminara sus números de cualquier modo.

Alzó la voz y dijo:

—Ahora, señores...

Pero apenas dijo estas palabras, la tormenta estalló violentamente.

— ¿Todavía estás ahí?

— ¿No te habías ido?

—¡ Echen para afuera a ese guatón!

La voz del borracho volvió a dominar:

—¡ Reza el Ave María ahora!

Se hinchó la risa como una gran vela y chasqueó en el aire.

Mr. Jaiya esperó que pasara y continué de nuevo, más firmemente:

—Ahora, respetable público...

Se propuso dominar al público aunque tuviera que hablar a gritos. Después de su segunda frase los silbidos y las voces amenguaron y ya creía poder hablar a gusto, cuando oyó a su lado una voz igual a la suya, idéntica,

con el mismo acento extranjero, que repetía sus palabras:

—Ahora, respetable público.

Una carcajada inmensa brotó desde todos los rincones del circo. Gritos, silbidos, exclamaciones se unieron a la risa, agrandándola como una ola. Raúl Seguel sólo vio una gran boca, con los dientes y las muelas cariadas, arrojando la risa a empujones, fatigosamente. Rostros desfigurados, caras rojas, abdómenes que saltaban elásticamente, ojos húmedos de alegría, llorando de risa. Parecía una pesadilla.

Se dio vuelta. A su lado, con la gran cara pintarrajeada y su curioso traje de excéntrico, mirándolo sonriente, estaba el tony Calzoncitos, el alma del circo de las orillas del río.

El tony repitió, inclinándose ante él:

—Ahora, respetable público.

- La risa volvió a estallar. Raúl Seguel, entonces, respiró. Seguramente, la intervención del tony suavizaría la actitud del público hacia él. Esperó que cesara un poco el ruido y repitió por tercera vez:

—Ahora, respetable público, vamos a hacer...

El tony repitió como un eco:

—Ahora, respetable público, vamos a hacer...

Y cambiando repentinamente de voz, le preguntó a Mr. Jaiva con un tono infantil, lleno de malicia y de gracia:

—Oye, ñato, ¿qué vamos a hacer?

Esa voz, que era la que usaba siempre al trabajar, tenía un efecto cómico estupendo. Hablaba como un chiquillo del pueblo, dándoles a las palabras un tono popular. Bastaba que el público oyera esa voz para que la risa reventara por todas partes.

—¿Qué vamos a hacer? —insistió el tony.

—Vamos a hacer las imitaciones de los cojos.

—Vamos a hacer las imitaciones de los cojos repitió el tony Calzoncitos.

Aquel diablo pintarrajeado, salido desde el fondo de los conventillos del barrio Independencia, desenvuelto, desfachatado, dueño del público, tenía, entre otras excelentes cualidades cómicas, la facilidad de imitar maravillosamente la voz y los movimientos de cualquier persona. Cuando estaba sin ganas de trabajar, salía a la pista a imitar a sus compañeros de trabajo. Imitaba sus voces, sus movimientos, sus actitudes en el número que hacían sus saludos, todo. No le costaba esfuerzo alguno y obtenía, en cambio, un gran éxito. Divertía a la gente a costa de los demás artistas.

Aquella noche le había dado por explotar esa vena de su gracia, y el público, que ya lo conocía, se preparó a pasar el gran rato.

Y ya no hubo frase ni movimiento de Mr. Jaiva que no fuesen repetidos por el tony en medio de las explosiones de risa del público. La gente callaba cuando Mr. Jaiva empezaba a hablar, lo dejaba hacer su imitación de un cojo y esperaba con los dientes apretados y los músculos del rostro contraídos para no soltar la risas que el tony imitara al imitador.. Apenas el tony terminaba su parodia, la enorme boca se abría lanzando chorros de risa.

Y, poco a poco, aquello fue perdiendo su carácter de circo y se convirtió en un infierno que mugía, balaba, hipaba, se quejaba de risa. Los hombres se apretaban el abdomen, dolorido por el esfuerzo que hacían al reírse; los chiquillos, menos resistentes, se reían con gritos agudos de dolor. Y en los palcos, los caballeros ventrudos, roja la faz, hacían un ruido de válvulas 21 dejar escapar sus carcajadas.

Todo el mundo gozaba allí. El único triste era Mr. Jaiva. Lo que al principio creyó que era su salvación, se transformó en su martirio. Aquel tony, ¿no se iría

nunca de allí? ¿No se moriría? ¿Por qué no se hundirla la carpa, aplastando esa indiada que chivateaba de aquel modo? Estaba cansado; aquello no terminaría nunca. Tenía deseos de sentarse en el suelo a descansar, a llorar, a dormir. Sudaba, fatigado, como si hubiera mantenido una lucha con cinco hombres borrachos.

¡ Pobre Mr. Jaiva! El malabarista no le enseñó el modo de deshacerse del tony. Nadie estaba libre de sus bromas, pero todos sabían la manera de librarse de él cuando les estorbaba demasiado: le daban un puntapié o una bofetada, y el tony, que no tenía mala intención al hacer sus imitaciones, huía lanzando gritos infantiles de dolor.

¡ Si Mr. Jaiva hubiera sabido eso!

En un momento en que el público se veía, Raúl Seguel se acercó al tony y le dijo, con los dientes apretados de furor.

—¡ Déjame trabajar. por favor!

Su cansancio y su tristeza se iban convirtiendo en ira.

El público, que vio el movimiento, comprendió que el parodista hablaba al tony, y se calló, esperando la respuesta del interpelado. Aquel salvaje contestó con su voz infantil:

—¡ Ah! ¿Que lo deje trabajar por favor?

Y ya no se oyó más. Entonces el director de pista intervino. Tomó de un brazo al tony y le dijo, llevándolo aparte:

—Venga para acá, Calzoncitos. Tengo que contarle una cosa.

—¡ Ah! ¿Usted me va a contar una cosa? Pero yo quería ver trabajar a ese caballero. Dice que va a trabajar por favor. ¿Usted no sabe qué es lo que va a hacer?

—Sí, va a hacer unas imitaciones. Es un artista muy inteligente.

—Es muy inteligente? ¿Y cómo dice que trabaja por favor?
El tony fue sacado de la pista y Mr. Jaiva volvió a quedar solo. Quiso apurarse para terminar de una vez su número, pero estaba escrito que no lo terminaría. Su martirio no concluía: empezaba.

Un espectador de palco había sido atacado por una risa nerviosa, incontenible, que lo hacía gritar agudamente. Era el que más celebraba las gracias del tony, y la voz y el ademán de éste imitando a Mr. Jaiva habían quedado en su retina y en su oído, vibrando interminablemente.

Bastó que Mr. Jaiva moviera un brazo y pronunciara una frase, para que el espectador lanzase una carcajada que se propagó por el circo como una corriente eléctrica. Al oír y ver a Raúl Seguel, el hombre, inconscientemente, recordaba al tony, y su risa chillona, en la que predominaba la i, perforaba el espacio como una flecha, contagiando a todos; y hubo un momento, un largo momento, cuatro o cinco minutos, en que Mr. Jaiva, parado en medio del circo y reducido al silencio, tuvo que esperar que pasara la racha de carcajadas.

Cuando pasó, volvió a hablar y el fenómeno se repitió nuevamente.

Entonces sintió que su mano se crispaba sobre el puño de su tremendo bastón. La ira lo recorrió de arriba abajo como un escalofrío. Buscó rápidamente con los ojos al griego Constantino y no lo encontró por ningún lado; había desaparecido. Avanzó hacia el espectador, y el público: presintiendo algo, calló repentinamente. En medio de un gran silencio, Mr. Jaiva gritó, más que habló:

—De qué te ríes, idiota!

El hombre, sorprendido en mitad de su regocijo por aquella frase dura, se levantó extrañado. Había olvidado

que detrás de aquella figura ridícula, detrás de aquella pintura, detrás de ese monigote de circo, respiraba un hombre como él.

Preguntó:

—¿Qué dice?

—¡ Te pregunto de qué te ríes, idiota! —volvió a gritar Mr. Jaiva.

El hombre, que era alto y vigoroso, ofendido por aquella frase, estiró un brazo para coger a Mr. Jaiva, pero éste retrocedió, levantó el bastón y lo dejó caer sobre la cabeza del espectador, que, a su vez, cayó sobre su compañero de palco.

El circo reventó en un solo grito y en un solo silbido y Raúl Seguel tuvo miedo. Arrojó el bastón y huyó hacia adentro.

La banda, para calmar al público, empezó a tocar, aumentando el bullicio.

*

Dos minutos después, Raúl Seguel, que se había escondido entre unos cajones, oyó que su amigo el malabarista lo llamaba.

— ¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Estás aquí? Vete pronto: el griego Constantino te anda buscando para pegarte.

¡ Era lo único que faltaba! Tomó sus ropas y sus pinturas, que el malabarista recogiera de su camarín.

— ¿Por dónde salgo?

—Por aquí.

Arrimaron un cajón a la pared que daba a la calle y Mr. Jaiva subió a él, encaramándose después a lo alto de la muralla. Antes de saltar hacia el otro lado, rogó:

—Oye, préstame unos pesos...

—Toma, ahí tienes diez pesos. Ándate y no vuelvas mas por aquí.

En el momento en que se dejaba caer, oyó que el hércules griego gritaba:

—¿Dónde está Mr. Jaiva? ¡ Quiero hablar con él!

Así, vestido de mamarracho excéntrico, atravesé Corriendo la ancha calle, con su atado de ropas y pinturas bajo el brazo, hasta llegar a la orilla del río. Desde allí sintió claramente el griterío y la silbatina que continuaban aún en el circo. Se dio vuelta y miré. La carpa alta, blanca, iluminada por dentro, resplandecía en medio de la noche de invierno como una gran medusa fosforescente. Sus tres hileras de bombillas multicolores oscilaban con suavidad.

Hizo una mueca de asco y echó a andar. Estaba cansado, la cara le ardía con la pintura, el mástic y el sudor, -y la ira le hervía aún en la reseca garganta.

De pronto se acordó de que aún llevaba barba y estaba pintado. Se arrancó el postizo de un manotazo y lo tiró al río, oscuro y crecido, que corría mugiendo en la noche, arrastrando grandes piedras.

Después arrojó el frasco de mástic, las barras de pintura, el tongo, todos sus modestos útiles de trabajo, inocentes de culpa alguna. Cuando arrojó por sobre la pequeña muralla del río su último útil de teatro, una

- gran pena lo doblgó. Le pareció que se había desprendido de aquello que para él constituyera durante tanto tiempo su esperanza y su alegría: el teatro.

¿Qué le quedaba ahora? Diez pesos en el bolsillo y la mortificación de un fracaso amargo y oscuro. ¿Qué haría?

Estuvo un largo rato pensando afirmado en la barandilla del río mirando correr el agua turbia.

“¿Qué haré? ”; se preguntó nuevamente. Y como no hallara qué responderse, y como no tuviera ya nada más que arrojar al río, tomó un tranvía que pasaba y se fue a dormir.

PEDRO EL PEQUENERO

- ESTE era un rey que tenía...
- ¡ Ya salió con la tonada de siempre! Este era un rey que tenía.
- Cuenta algo que no sea de reyes, pues, señor.
- Sí, pues, don Vicho, ya nos tiene guatones con los reyes y los príncipes.
- Vaya, niños, todavía que uno hace el favor de contarles un cuento, se regodean. ¡ No cuento nada, también!
- No se enoje, abuelo.
- Cuenta otra cosa, pues.
- Aquel del minero que se -halló un chivatito de oro en la mina.
- No, ése es muy aburridor.

El viejo, ante la protesta formal de su acostumbrado auditorio, inclinó la cabeza y estuvo un rato recordando. Los personajes de los cuentos que don Vicho solía narrar, salieron del fondo de su memoria y se revolviéron en su cabeza como fichas de dominó. Reyes desgraciados, princesas robadas y encantadas, príncipes aventureros, dragones horribles, gigantes furiosos, marinos atrevidos, enanos vengativos o bondadosos, con grandes barbas y bonetes de colores; toda la fauna fabulosa de las leyendas apareció un momento ante él. Estuvo un rato escogiendo, separando unos, ya demasiado conocidos por su auditorio, apartando otros que no tenían interés y pasando indiferente ante los demás. En lo que iba corrido del invierno casi habla agotada su repertorio.

De pronto, semioculta detrás de la capa de armiño de un *rey*, apareció una gran cara trágica, con la boca muy abierta y la lengua sanguinolenta colgando de ella; cara redonda, llena de pelos, roja de excitación, con los ojos manchados de sangre. Don Vicho estuvo un momento mirándola, cerrados los párpados. No recordaba a qué personaje correspondía ese rostro. Hizo un esfuerzo. Después de la cara apareció un pescuezo ancho, hinchado de grandes venas; unos hombros redondos de hombre fuerte; un pecho alto y velludo, cubierto apenas por una sucia y desabrochada camiseta avanzó, desde el fondo de los recuerdos de don Vicho, con los musculosos brazos abiertos, vacilante, tropezando con los enanos, reyes, príncipes y marinos. Poco a poco adelantóse y a medida que lo hacía su cuerpo agrandábase; la gran cara roja pareció tajar el horizonte. Cuando estuvo bien cerca, don Vicho recordó.

—Bueno, viejito, no se quede dormido.

—No me estoy quedando dormido, roto insolente; estoy recordando.

—Disculpe, don Vicho, pero como usted se queda dormido de repente.

—Vamos a ver. Me he acordado de un cuento que contaba mi abuela, hace muchos años, pero muchos.

—¡ Chis!

—Es la historia de Pedro el Chuico.

— ¿Quién era Pedro el Chuico?

—Pedro el Chuico fue un gallo a quien le pasó una mano con Nuestro Señor.

—A ver, a ver; cuente, cuente...

Apretujóse la gente alrededor del viejo. Tosieron algunos para no tener que toser después, mientras durara la narración, y otros, friolentos, envolviéronse bien en sus mantas. Don Vicho revolvió con un palito las brasas del gran brasero de cobre, encendió en una de ellas su último cigarro de la noche y mientras pitaba, contó:

—Pedro González fue un hombrecito que vivió hace muchos años, pero muchos, antes que naciera yo y antes que naciera mi padre, antes que naciera el padre de mi padre y mucho antes que naciera el padre del padre de mi padre. Vivió en los tiempos en que Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo a redimir a los hombres y a sufrir y morir por causa de tanto roto mal agradecido.

“Pedro González era pequenero. Desde chicuelo trabajó en eso y aprendió bien su trabajo llegando después cuando tenía veinte años, a trabajar por su cuenta. Se casó con una moza, nada mal parecida que tenía muy buenas manos vara amasar. Le ayudaba mucho y los dos vivían tranquilos y felices, trabajando y queriéndose.

- “En el pueblo eran famosos los pequeños de Pedro González. Vivía en una calle donde había muchísimas cantinas. Sabían los borrachos la hora en que Pedro sacaba la primera hornada de la tarde o de la mañana y lo esperaban a la pasada, arrebatándole casi los pequeños, calientes, chorreando gotitas de grasa, llenos de oloroso pino.

- “Apenas asomaba Pedro en la puerta de su casa y daba su conocido grito de:

¡Recaliente está la pequenada!

-“Los borrachos salían como disparados de las cantinas.

“Ganaba plata como mote. Y tanta llegó a ganar, que se volvió pretencioso y fantástico. Hizo relaciones y las relaciones empezaron a perderlo. Algunas veces la plata le hace bien al hombre; otras. mal. A Pedro le hizo mal.

- “Poco a poco su casa se fue llenando de amigos; brotaron como callampas después de la lluvia, y empezaron a hacerle perder el tiempo y a olvidar sus ocupaciones. Y como Pedro era generoso, voltario y alegre, la cosa se empeoró. Con la historia de la tonadita y del causeíto, poco a poco su casa se transformó en una

chingana que pasaba llena de gente muy alentada para comer y tomar.

“Muchos días los peques no salieron o salieron crudos o secos, y nadie los compraba. Por fin, el horno dejó de encenderse, la harina se apelmazó. la artesa donde amasaban se abrió de puro reseca y la trampa y la remolienda empezaron a llevarse lo que Pedro y su mujer habían ganado en largos años de trabajo.

“Un día, borracho, le pegó a su mujer, y ésta, poco tiempo después, se arrancó con un roto, llamado Juan el Gallo, cuya única fortuna y oficio era la de tamborear y bailar bien la cueca.

“Hasta que llegó un momento en que Pedro González —a quien los amigos habían cambiado hasta el nombre, llamándolo Pedro el Chuico, por lo bueno que era para tomar— se encontró en la puerta de su casa, con las manos en los bolsillos, en camiseta, sin un cinco y con una sed que se lo llevaban los diablos.

“Fue a una cantina y allí los borrachos lo recibieron como a un hermano en desgracia.

“-¡Llegó Pedro el Chuico!

“—Tengo sed...

—¡ A ver! Pasen un vaso para Pedro.

-¡ Este roto que era tan generoso cuando tenía plata! ¡ Toma, Pedro, sacia tu sed!

“Bebió y calmó su sed; pero después volvió la sed más fuerte que antes y necesitó beber nuevamente para refrescar sus entrañas, enfermas ya de sequía constante.

“Se enhebró así su vida; de la cantina a su abandonada casa y de su casa a la cantina. Comía lo que le daban sus amigos y si alguna vez le faltó qué comer, nunca faltóle de beber. Además, el licor lo mantenía y poco echaba de menos la comida; un causeo cualquiera, restos de algún santo o un pequén ofrecido por alguno de sus amigos, le bastaba.

“Fue una mañana, en que se levantó con más sed que nunca y buscó en vano por las cantinas algún amigo generoso cuando Pedro el Chuico se encontró por casualidad con Nuestro Señor. Lo vio venir desde lejos. No lo conocía, pero en sus maneras y en su aspecto adivinó que ese caballero tenía buen corazón y podía ayudarlo. Venía Nuestro Señor, acompañado de San Pedro, conversando tranquilamente; habían dormido bajo los árboles de un cerro cercano y se encaminaban en busca de un almacén donde comprar queso y pan con el único peso que teman.

“De repente, Pedro el Chuico se plantó ante ellos, que se detuvieron sorprendidos mirando interrogativamente al hombre que tenían delante. Con la barba crecida, sucio, roto, los ojos manchados de sangre y el pelo revuelto, la figura de Pedro el Chuico no era para tranquilizar a nadie. San Pedro quiso retroceder, asustado, pero Jesús lo detuvo. Avanzó hacia el borracho y le preguntó: -

- ¿Qué quieres, hijo mío?

“Pedro el Chuico murmuró:

“—Tengo sed, patrón; mucha sed.

¿Sed? —preguntó Jesús—. ¿En una ciudad donde hay tantas fuentes de agua fresquísima?

“—Agua no, caballero; me hace mal.

“—¿Te hace mal el agua? ¿Y qué bebes, entonces?

“Pedro inclinó la cabeza, avergonzado. Era la primera vez que pedía limosna para beber, y las preguntas de aquel caballero, aunque eran hechas con una voz muy suave, lo achunchaban. Hizo ademán de retirarse, pero Jesús lo detuvo.

“—Espera; me dices que tienes sed y que el agua te hace mal. Seguramente necesitas vino.

“Sacó del bolsillo el único peso que tenía y se lo pasó a Pedro el Chuico.

“—Anda a calmar tu sed —le dijo.

—Muchas gracias, patrón —contestó Pedro en voz baja. Sin levantar la cabeza y apretando fuertemente el peso en su mano, entró a una cantina.

“San Pedro se quedó asombrado, y en seguida dijo a Jesús:

“—¡ Pero, Maestro, le ha regalado a ese borracho el único peso que teníamos!

—No importa, hermano; él lo necesita más que nosotros.

“Y se fueron a tomar desayuno a casa de un amigo de confianza.

“Pedro el Chuico, entretanto, gastó la mitad del peso en calmar la sed que tenía y procuró después seguir bebiendo a costa de sus compinches, guardando para otro día difícil los cuatro reales que le sobraron. Pero pasaron los días y nuevamente se encontró en uno de ellos, con sed y sin nadie que lo invitara a beber. Soporté todo lo que pudo, pero. el deseo de beber era más fuerte que su voluntad. Echó a andar por las calles buscando a alguien que lo feriera: Ninguna cara amiga. Era día viernes y los borrachos habían salido a trabajar los dos días que quedaban para terminar la semana. Desesperado, resolvió pedir limosna otra vez. Pero la gente que no le conocía andaba sin chapa. Los que le conocían, no le daban; Mientras tanto, la sed seguía creciendo. La saliva se apelmazaba en su boca, la garganta se le cerraba y la lengua lo hería de puro seca. ¡Nadie!

“Pero alguien vino en su ayuda y ese alguien fue nuevamente Nuestro Señor.

-Aquí tenemos al borracho del Otro día —dijo San Pedro, al verlo venir.

“—Es cierto. ¿Andará sediento otra vez? “Lo dejaron acercarse, paso a paso.

“¿Qué tienes, hijo mío? —le preguntó Jesús.

“Y Pedro el Chuico, sin levantar la cabeza. contestó:

“—Patrón, tengo sed.

“—¿Otra vez tienes sed? ¿Y qué vamos a hacer ahora? No tengo nada que darte.

“—Aunque sea una chauchita. caballero.

“—No tengo nada, ni una ficha.

Qué le vamos a hacer, patrón! Paciencia. Para otra vez será.

“Pero Jesús avanzó hacia Pedro el Chuico y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

“—¿ Pero tú estás seguro de tener sed?

“—Mucha, patroncito. mucha.

“—A ver. mírame.

“Pedro el Chuico levantó la cabeza y fijó sus ojos en la bondadosa cara de Jesús. Este lo miró sonriendo, pasó su mano sobre la desgredada y vencida cabeza y le dijo pausadamente:

“—No, hijo mío, tú no tienes sed.

“Después se apartó de él, tomó de un brazo a San Pedro y se fue.

“Pedro el Chuico se quedó parado en medio de la calle, mirando con ojos de asombro a Nuestro Señor. que se alejaba calle abajo. platicando con San Pedro. ¡ No tenía sed! Claro que tenía, y mucha. Echó a andar en la misma dirección y en ese momento Jesús se volvió, lo miró y le hizo un saludo con la mano. Pedro le

- contestó malhumorado y dobló la esquina. -

“Poco a poco se fue calmando. Notó que el ardor de su estomago disminuía, su garganta se suavizaba y la lengua, humedecida repentinamente, refrescó sus resecos labios. Escupió, y en lugar de una saliva espesa y blanca. arrojó otra clara y liviana. Su boca pareció llenarse de frescura y una gran tranquilidad se extendió por todo su cuerpo.

Esta sí que es grande! Recién casi me moría de sed y ahora ya no tengo —murmuro.

“En ese momento un amigo lo llamó:

Oye, Pedro, oh!

¡ Qué hubo!

—¿Qué andas haciendo por acá? Vamos a tomar un litrito.

—Vamos, pues, al tiro.

“Entraron a una cantina y el amigo pidió un doble de chicha.

“—Sírvete, Pedro.

“Pedro tomó el vaso; la chicha hervía y chispeaba, dulce y fresca.

“Acercó el vaso a los labios y tomó una gran boca-rada, pero con gran sorpresa suya el licor no pasó de su garganta. Extrañado, hizo un esfuerzo para tragarse la chicha, pero la garganta se la devolvió.

“Dejó el vaso sobre la mesa y escupió la chicha que tenía en la boca. .

“—¿Qué te pasa? —le preguntó el amigo.

“Como quien confiesa una grave falta, Pedro dijo:

“—No tengo sed. .

—¿No tienes sed? ¿Estás enfermo?

“—Quisiera tomar pero no puedo. No sé qué me pasa. Discúlpame.

“Avergonzado, salió hacia la calle. El amigo, asombrado, murmuró:

“—Este se va a morir pronto.

“Y se empino el doble.

“Pedro el Chuico erró por las calles, evitando pasar ante las cantinas. Andaba asustado, se creía enfermo. La falta de sed lo atormentaba tanto como la sed misma. Vino la tarde y obscureció. Los chincheles se llenaron de bebedores que conversaban y reían a la luz de los viejos chonchones. Pedro los oía. Sus risas y sus voces le

producían envidia, pero no se animaba a entrar. Le habrían ofrecido de beber y si le sucediera lo mismo que en la mañana, quedaría desacreditado.

“Siguió andando, y vino el otro día y el otro, hasta que aquel estado de frescura y de tranquilidad empezó a pasar. El cansancio y la fatiga andaban con él, y por fin la sed, la deseada sed, apareció de nuevo. Dejó que se agrandara, que aumentara, y cuando llegó al grado insoportable, entró a su cantina preferida, aquella donde se juntaban los mejores tomadores del pueblo. El licor corría por las mesas, derramado de los grandes vasos por las manotadas de los borrachos.

“Ese día Pedro el Chuico se desquitó. No bebía, se vaciaba los vasos en la boca y el vino y la chicha goteaban de los pelos de su bigote y de su barba. Reía, contento, lleno de alegría. Bebió hasta quedar tirado debajo de una mesa.

“Y volvió nuevamente, día tras día, como antes, a su vida de borracho.

-“Uno de ellos, día viernes, cuando Pedro el Chuico se encontraba en una cantina bebiendo con varios amigos, alguien trajo la noticia de que por allí pasaría un hombre que había sido sentenciado a muerte. Se produjo un gran alboroto y regocijo entre los bebedores. Mientras bebían, uno de ellos se asomaba a la puerta de vez en cuando para aguaritar si venía el cortejo. De pronto gritó:

—Ahí viene!

“Salieron todos en tropel, gritando bulliciosamente.

“El cortejo se fue acercando hasta que llegó al punto donde estaba Pedro con sus amigos. Y éste vio, lleno de sorpresa, que el condenado era el hombre que un día le diera un peso para vino.

—Por la madre! El caballero del peso. —gritó.

“Esta exclamación atrajo las miradas de todos, y Jesús lo vio. Se detuvo, y mirándolo fijamente le dijo:

“—Pedro el Chuico, tengo sed..

“-¿Tiene sed. patroncito? Espérese.

“Entró a la cantina, *cogió* un gran vaso lleno de chicha, y atravesando la fila de los guardianes se acercó a Jesús.

“—Tome, patrón, sacie su sed.

“Jesús sonrió.

“—Chicha no. Pedro; dame agua.

“—Agua no. patrón; tome chicha. ¿O quiere vino?

“—Dame agua, Pedro. Un día yo te di vino: dame agua tú ahora.

“—Tome chicha, caballero. Más vale chicha caliente que agua fría.

“Este refrán fue celebrado con una gran carcajada.

“Jesús repitió:

“—Dame agua. Pedro; tengo sed.

“Entonces Pedro se acordó de las palabras que la última vez le había dicho Jesús, y le preguntó:

¿Pero usted está seguro de tener sed? “Una nueva carcajada brotó de todas las bocas.

Mucha, Pedro, mucha —respondió Jesús.

—No. patrón —le dijo Pedro, riendo—; usted no tiene sed, y si tiene, póngase la mano en la cabeza como me la puso a mi y se le quitará al tiritito.

“Nuevas risas brotaron por todas partes. Los que negaban los milagros de Nuestro Señor aplaudieron las palabras de Pedro el Chuico.

En marcha! —gritaron los pacos.

“Y Jesús fue empujado violentamente. Pero antes de marchar, miró a Pedro con pena y le dijo: -

—Pedro el Chuico, tú siempre tendrás sed.

“—Mientras haya que tomar, no tendré, patrón.

“Arrastrado por las manos de sus verdugos, Jesús pasó y Pedro se quedó comentando y riendo:

Agua quería, cuando la chicha está tan buena!

Y cantó:

*Chicha y aguardiente puro
es la bebida de los reyes.
Agua que tomen los bueyes,
que tienen el cuero duro.*

“Y acompañado de sus amigos, entró de nuevo a la cantina. Pero sus amigos lo dejaron pronto y Pedro quedó solo. Se bebió a sorbitos un vaso de vino que quedaba y cuando terminó con él, salió hacia la calle. Mucha gente venía ya de vuelta, comentando lo que había sucedido ese día. Hablaban de Jesús.

“—¿Qué hubo? —preguntó Pedro a uno que pasaba—
¿Mataron al hombre?

—Lo están matando —contestó el que pasaba.

“En ese mismo momento Pedro cerró los ojos y ahogó un grito. Había sentido en el estómago un dolor horrible, como una quemadura. Echó a andar y el dolor siguió los movimientos de su cuerpo, abrazándolo como un látigo. Poco a poco le fue subiendo hacia arriba, extendiéndose como una llama ardiente.

“—Es la sed, la sed. . .—murmuró.

“Llegó ante una cantina. No había nadie en ella, pero a pesar de ello entró. El cantinero, afirmado en el mesón, se distraía mirando volar las moscas alrededor de las botellas llenas de chicha.

“—¿Qué hubo, Pedro?

“—Tengo sed, patrón, mucha sed.

— ¿Tienes sed? ¡ Qué raro!

—Dame chicha.

¿Tienes plata?

-Dame al fiado. Después te pagaré.

—Hoy no se fía. mañana si.

—¡Tengo sed, patrón. me muero de sed!

“-Toma agua, Pedro; también es buena para quitar la sed.

“Pedro salió violentamente. Afuera estuvo un momento indeciso: de pronto echó a correr. Conocía una cantina donde siempre había gente tomando. Seguramente encontraría allí un amigo.

“Llegó y entró atropelladamente, recorriendo de una rápida mirada las mesas ocupadas. Nadie! Ni un amigo. Pero era necesario que bebiera, de cualquier modo, aunque fuera a la fuerza. Se acercó a una mesa donde había cuatro hombres bebiendo. Quiso hablar, pero la lengua endurecida por la sed se negaba a doblarse. Entonces, desesperado, estiró la mano, cogió un vaso lleno de vino y lo acercó temblando a su boca: pero una mano dura lo agarró de la muñeca, mientras otra le quitaba el vaso y una voz fuerte le decía:

¿Qué le pasa, señor? ¿Es muy bueno para la s bofetadas usted?

“Pedro retrocedió, acezando, sin poder hablar. La angustia lo sacudía. Miró a los hombres que lo miraban a su vez, indiferentes a su dolor, burlones.

Tengo sed! —rugió de repente.

“—Hable con el patrón. Tiene muy buena voluntad para vender vino.

“Pedro hizo señas de que no tenía dinero. -Ah! ¿No tiene plata? Entonces tome agua, es bien buena para quitar la sed. Ahí afuera hay un pilón con un chorro macizo.

“Pero Pedro se abalanzó de nuevo sobre la mesa para arrebatarse un vaso de vino, y los cuatro hombres, perdida ya toda consideración, lo echaron a empujones de la cantina.

“Se encontró de nuevo en la calle, respirando agitadamente, con la lengua fuera de la boca y los ojos vidriosos.

“Echó a andar y se detuvo ante un pilón que arrojaba un grueso chorro de agua. El agua, clara, fresca, caía en una taza de fierro y se derramaba sobre las piedras.

“—Agua. ..agua..

“Corrió hacia el pilón, hundiendo casi la cabeza en la taza llena. Bebió a grandes buches, sorbiendo el agua, hasta notar que el estómago se la devolvía.

“Se enderezó, respirando. Sintió un pequeño alivio. El dolor había cesado y el ardor de la boca disminuía. Echó a andar otra vez, pero no había andado mucho, cuando sintió que el dolor y el ardor volvían más fuertes que antes. Quiso beber nuevamente, pero no pudo hacerlo. Ya había bebido demasiado y el estómago no le aceptaba más agua. Metió la cara en la taza, con la boca abierta, refrescando la lengua ardiente y dura. Pero apenas se enderezó, el ardor volvió de nuevo. Así estuvo un rato, hasta que, desesperado, viendo que el beber agua era inútil y que la sed aumentaba, se abandonó, dejándose caer al suelo, entregándose al dolor.

“Pero repentinamente recordó algo y se levantó dando un grito. Miró hacia todas partes y se lanzó a correr. Corrió, corrió, con la cabeza gacha, tropezando con las personas, que lo rechazaban a empujones.

“—¡ Hazte un lado, borracho!

“Pero él no oía ni sentía nada. Seguía corriendo, corriendo y corrió hasta llegar donde Jesús estaba agonizando.

“—¡ Patroncito! ¡ Patroncito! —gritó al verle.

“Fue a caer rodando a los pies de la cruz. Quiso hablar, pero no pudo.

“La lengua le quemaba la boca como un fierro ardiente, y la garganta apretada y reseca no le permitía hablar. Se revolvió por el suelo, gñando, rugiendo como un perro envenenado que va a morir; hasta que haciendo un gran esfuerzo pudo decir:

—¡ Patrón, tengo sed!

“En ese momento Jesús abrió los ojos y dijo:

“—Sed tengo. “Y habla allí un vaso lleno de vinagre y los soldados

hinchieron una esponja de vinagre, y rodeada a un hisopo se la llegaron a la boca de Jesús.

“Y como Jesús tomó el vinagre, dijo:

“—Consumado es.

“Inclinó la cabeza y dio el espíritu. “Al ver morir a Jesús, Pedro dio un grito y cayó de

espaldas. Su única esperanza se desvanecía.

“—Quién es este hombre? —preguntó uno de los soldados.

“—Es el pequenero Pedro el Chuico; debe estar borracho — contestó otro.

“Y se fueron.

“Pedro el Chuico, tirado boca arriba, sin quejarse, miraba crecer la noche desde el fondo del cielo. El dolor y la sed lo consumían poco a poco. No podía moverse, ni hablar, ni gritar. De pronto sintió voces. Volvían los soldados. Se acercaron a Jesús y como le vieron muerto no le quebraron las piernas como a los otros crucificados.

“Empero, uno de los soldados le abrió un costado con su lanza y de la herida salieron sangre y agua.

“Algunas gotas saltaron a la cabeza de Pedro y una de ellas se deslizó por los labios entreabiertos y cayó sobre la lengua hinchada y roja. Un estremecimiento de frescura, tan agudo como el dolor, recorrió su cuerpo. Sus miembros se extendieron. Suspiró. Una gran tranquilidad le invadía. El dolor cesó y la sed se calmaba. Pero él se dio cuenta de que eso era la muerte. Abrió los ojos y vio, recortada en el cielo, la cabeza inclinada de Jesús. Sobre ella, allá lejos, una gran estrella roja iba naciendo.

UN LADRÓN Y SU
MUJER

UNA TARDE de principios de invierno, en aquel pueblo del sur, una mujer apareció ante la puerta de la cárcel. Era una mujer joven, alta, delgada, vestida de negro. El manto cubrÍale la cabeza y descendía hacia la cintura, envolviéndola completamente.

El viento, que a largas zancadas recorría las solitarias callejuelas del pueblo, ceñÍale la ropa contra el cuerpo, haciéndola ver más alta y delgada.

Tenía la piel blanca y los ojos claros.

Estuvo un largo rato mirando la vieja y torcida puerta de la cárcel. Detrás de la reja, más allá del ancho corredor, un gendarme con aire aburrido se paseaba con su carabina al hombro. Por fin, la mujer avanzó y entró decidida. Llevaba un paquete colgando de la mano izquierda.

—¿Qué quiere? —preguntó el guardia, interrumpiendo su paseo.

—Quisiera. . . —dijo la mujer, pero en el mismo instante el gendarme gritó con voz gruesa:

—¡Cabo de guardia!

—¿Qué te pasa? —respondió una voz delgada desde el interior.

—Aquí hay una mujer que quiere. . . —empezó a decir el soldado, pero como no supo qué agregar, se encogió de hombros y recomenzó su paseo.

Apareció un vejete chico, delgado, de bigote blanco, vestido de uniforme, con la gorra torcida sobre la oreja y un gran manojó de llaves en la mano.

— ¿Qué quiere, señora? - preguntó con voz amable. La mujer se acercó a la reja.

—¿Hay aquí un preso que se llama Francisco Córdoba?

—¿Francisco Córdoba? Espérese. . .—respondió el cabo, rascándose la cabeza e inclinando más con este movimiento la gorníla sobre la oreja—. Francisco Córdoba. . . Sí. Uno delgado, moreno, de bigote...

—Sí.

—¿Y qué?

—Yo soy su mujer y quisiera verlo para entregarle una ropa que le traigo. -

—¡ Um! Ahora no va a poder verlo. Es muy tarde. La ropa puede dejarla, con confianza; yo se la entregare.

—Y estos veinte pesos.

—¿Quiere mandarle veinte pesos? Muy bien. Démelos. No tenga cuidado, señora —agregó, risueño, viendo que la mujer dudaba;

—Sí, tome —dijo ella.

—Si quiere hablar con él, venga mañana temprano.

—Bueno; muchas gracias.

—De nada, señora. Vaya tranquila.

Todavía no haba salido, cuando el cabo, dándose vuelta hacia adentro, gritó con voz estentórea:

—¡ Francisco Córdoba!

—¡ Eh! —respondió lejos una voz que ella conocía; la voz de su hombre.

Se detuvo, con la esperanza de oírla de nuevo, pero ningún otro grito salió del fondo de aquellas murallas húmedas.

—¡ Francisco Córdoba!

—¿Qué hay, mi cabo? —preguntó el preso.

—Toma. Tu mujer ha venido a verte y te manda este paquete y estos veinte pesos.

—¿De veras, mi cabito? ¿Y por qué no me deja hablar con ella?

—Ya es muy tarde. Vendrá mañana en la mañana

—respondió el cabo, abriendo la puerta y entregando al preso el paquete y el dinero.

—Muchas gracias, cabo.

-Abre el paquete.

—En seguida.

El paquete contenía ropa interior limpia. El cabo echó una mirada de reojo y cerrando la puerta del calabozo se fue.

Pancho Córdoba, contento, cantando de gozo, empezó a cambiarse la ropa. Su mujercita había venido, trayéndole ropa limpia y dinero. ¡ Tan linda y tan fiel!

- Desde donde la llamara, por muy lejos que estuviera, venía siempre a verlo. Ni una vez faltó al reclamo de su hombre en desgracia. Se enterneció pensando en ella, tan seria, tan humilde, tan maternal, siempre sin quejarse, llena de solicitud y de atención.

Pancho Córdoba era un hombre delgado, moreno, de bigote negro. Vestía siempre muy correctamente. Era un poco jugador y otro poco ladrón, poseedor de mil mafias y de mil astucias, todas ellas encaminadas al poco loable fin de desvalijar al prójimo. ¿Qué es lo que no sabían hacer las manos de Pancho Córdoba? Desde jugar con ventaja al póquer, al monte o a la brisca. hasta extraer un billete de Banco, por muy escondido que estuviera en el fondo de los ajenos bolsillos, todo lo hacía. Era un verdadero pájaro de cuenta, hábil, alegre, despreocupado. Lo habían detenido en la estación de ese pueblo en los momentos en que pretendía dejar sin su repleta cartera a un respetable caballero, y a pesar de su aire de indignación, de su chaqué y de sus protestas de honradez, fue enviado rectamente a la cárcel.

Una vez que se hubo cambiado de ropa, se sintió otro hombre y se paseó con aire de importancia por el calabozo. Mañana vendría su mujer, haría algunas di-

ligencias gastaría algún dinero y seguramente lo pondrían en libertad. Conocía el sistema.

Dos horas después, los presos fueron sacados de sus calabozos y llevados al patio. Antes de las ocho era costumbre pasar lista a los detenidos. Esto servía también como recreo para los reos.

Apenas llegó al patio, el salteador Fortunato García, condenado a una larga condena, se acercó a él y le dijo:

--Pancho. oye bien lo que te voy decir.

Habla.

—Óyeme sin mirarme. Cuando pase por aquí la guardia de relevo, los hombres de mi cuadrilla se echarán encima de los soldados y les quitarán las carabinas. Seguramente habrán tiros hasta para regalar. Mientras tanto, yo me con-eré hacia el fondo y saltaré la muralla que da al río. La fuga está preparada nada más que para mí; pero si quieres escaparte. sígueme. Si la treta sale bien. nos podemos ir muchos ¿Entendiste?

Si, gracias. .

—No me des las gracias todavía, porque es muy posible que si la cosa sale mal. nos peguen un tiro. Atención.

Al principio, el proyecto le produjo un poco de miedo a Pancho Córdoba. El no era hombre de tiros ni de situaciones trágicas. No le gustaban las emociones demasiado violentas. Pero pensándolo bien, el asunto no eran tan terrible y todo dependía del modo cómo se aprovechara el tiempo. Observaría el desarrollo de los acontecimientos y si las circunstancias se prestaban, se marcharía lo más rápidamente posible.

Pensó inmediatamente que su desconocimiento de la región era un obstáculo para su fuga y buscó, entre los hombres que lo rodeaban, a alguien conocedor del terreno que pudiera guiarlo y acompañarlo.

Entre los presos había dos indios araucanos mo-

cetones fornidos, altos, macizos, condenados a varios años por un robo de animales. Se acercó a ellos y en breves palabras les puso al corriente de lo que se preparaba, comprometiéndose ellos a llevarlo consigo y no abandonarlo. Conocían la región como sus propias rucas.

—En cuanto me vean correr, síganme —les dijo Pancho Córdoba con aire de jefe.

Sin embargo, le quedó una última duda. ¿No sería una estupidez exponerse a recibir un tiro, ya que su causa no era grave y podía salir de un momento a otro? ¿Y su mujer.

Estaba pensando en ella cuando apareció en el patio el pelotón de gendarmes que abandonaba la guardia. Pasó por delante de los presos y desapareció por la puerta que daba hacia el exterior. Inmediatamente entró el grupo que cubriría la nueva guardia. Apenas los soldados llegaron a la mitad del patio, uno de los presos cerró la puerta y los demás se echaron aullando encima de los nuevos, centinelas. Gritos de violencia y quejidos de angustia se oyeron. A Pancho Córdoba se le encogió el corazón. Miró hacia el fondo del patio y vio que Fortunato García se lanzaba al aire desde lo alto de la muralla. La guardia, cogida de improviso, fue desarmada casi en su totalidad, y sus hombres, pálidos, se arrinconaban, rechinando los dientes de rabia. Dos soldados luchaban aún.

Tres hombres más saltaron la muralla. Francisco Córdoba se repuso y pensó que estaba perdiendo un tiempo precioso. Hizo un rápido cálculo y vio que todavía disponía de diez o quince minutos para ponerse a salvo. Además, ya era casi de noche y sería fácil escurrirse entre las sombras.

Sin saber cómo se encontró en lo alto de la pared.

Saltó en el aire y apenas tocó el suelo apretó a correr derecho. Un minuto después los indios corrían a su lado.

—Por aquí. -

Se desviaron un poco y llegaron a la orilla de la barranca del río.

—No hay camino. ¡Tírate!- —gritó uno de los indios, lanzándose al vacío.

Llevado por el ímpetu de la carrera, Pancho Córdoba no tuvo tiempo de reflexionar y cerrando los ojos saltó. Cayó en una pendiente de tierra suelta que se desmoronó y lo fue a dejar, rodando, a la orilla del río.

El indio más joven corría ya sobre el agua, chapoteando delante de Pancho. El otro venía detrás. Subieron la pendiente contraria y se encontraron a la orilla del río, frente al campo inmenso, nerviosos y entusiasmados por la *fuga*.

En ese momento se oyó el primer tiro en la cárcel y como si ésa hubiese sido la señal de partida, los tres echaron a correr como locos. -

Los faldones del chaqué de Pancho Córdoba volaban detrás de él.

No supo cuánto tiempo estuvo corriendo. Con los puños cerrados, lleno de una alegría frenética, corría detrás del indio joven, procurando mantener la distancia. El indio corría con un trote largo, elástico, sostenido, resoplando como un caballo. El otro marchaba detrás de Pancho y él sentía su respiración rítmica y su paso liviano resonando en el silencio del campo. Se sentía seguro en medio de esos dos hombres tan sanos, tan robustos, que parecían dispuestos a correr todo el tiempo que fuera necesario y más aún.

Pero si Pancho Córdoba era ágil y liviano como un verdadero ladrón joven, no poseías en cambio, la formidable resistencia de sus compañeros. El sudor corría a chorros por su cuerno y a la hora escasa de marcha se

dio cuenta de que no podría correr mucho tiempo más. Sentía el pecho y las piernas pesadas y la respiración producíale un dolor como de quemadura en la garganta. Empezó a perder terreno y tropezaba continuamente, vacilando en la carrera. Quiso detenerse, pero el indio que venía detrás le gritó:

—¡ No te pares, huinca cobarde! ¡ Corre!

El insulto le dio rabia, pero también le dio fuerzas y

- continuó corriendo. Pero aquel demonio que corría delante de él era incansable, no disminuía un instante su largo trote y parecía tocar apenas con sus pies la blanda hierba del campo.

De pronto tropezó y cayó rodando al suelo, con la boca abierta, extenuado. Los dos indios se detuvieron.

—¡ Párate! ¡ Cofre! —le gritaron desesperados, rabiosos.

—No puedo. Váyanse ustedes. Déjenme solo —murmuró Pancho Córdoba.

—¡ Párate! Vienen soldados.. . —le dijeron.

Pancho no respondió, no podía hablar. Entonces el indio más joven lo levantó bruscamente, se puso delante de él e inclinándose lo tomó sobre su espalda, reanudando la carrera.

Pancho, avergonzado, se tomó del cuello del indio y se dejó llevar. Durante mucho rato el araucano corrió con su carga humana con un trote pesado pero continuo; cuando juzgó que el hombre había descansado lo - suficiente, lo soltó. Pancho Córdoba volvió a correr y corrió hasta caer nuevamente al suelo, rendido, tomándolo entonces en hombros el otro indio.

Cuando éste lo dejó, se negó a correr más. Ya no había razón para proseguir corriendo, pues se habían alejado bastante y seguramente estaban fuera de peligro.

Sin embargo, siguieron andando de prisa, escuchando de rato en rato. Pero el campo estaba en silencio. Ni un

grito, ni un disparo, ni un trote de caballo. La obscuridad era profunda y en medio de ella marchaban los tres hombres. mudos, respirando fatigosamente.

Al día siguiente. muy temprano, la mujer de Pancho Córdoba se encaminó hacia la cárcel. Había tenido noticias de la evasión, pero sin saber detalles de ella. Estaba pálida y demacrada. Apenas había dormido esa noche. En la obscuridad de su pieza, medio dormida, medio despierta. veía a su marido muerto, tendido de bruces en el suelo. o huyendo. perseguido por un soldado que le hacía fuego sin poder herirlo. Otras veces lo veía libre. sonriendo, o herido afirmado en un árbol, pálido, mirándola tristemente mientras ella lloraba.

¿Hasta cuándo viviría ella así? Todos los trances angustiosos en que él se encontraba a menudo, todos los peligros que corría, las prisiones, las fugas. los procesos. todo ese dolor continuo que forma la vida de un delincuente, recaía únicamente sobre ella. El soportaba los acontecimientos. vivíamos: ella sufríalos, viviendo siempre angustiada, recibiendo en su corazón de mujer todo el oscuro dolor de la vida de su hombre.

Resignada, silenciosa, iba de allá para acá, siguiéndolo en sus vicisitudes. Había unido su vida a la de ese hombre, queriéndolo, sin saber que era ladrón; cuando lo supo lo quiso más. sintiendo hacia él un cariño de madre y de hermana.

Antes de llegar a la puerta de la cárcel. se detuvo indecisa.

¿Se habría fugado o no habría podido hacerlo? ¿Estaría herido o muerto? ¿Qué hacer?

Por fin se decidió a entrar.

Detrás de la reja se paseaba un gendarme con el arma

al hombro. Pero éste no tenía el aire aburrido que tenía el de la tarde anterior. Este se paseaba resueltamente. con aspecto de guapeza y desafío.

-¿Qué quiere? —preguntó. deteniéndose y echando una mirada terrible sobre la mujer.

—Quisiera hablar con el cabo de guardia. —¡Cabo de guardia! —gritó él.

Un hombre alto y moreno acudió. La guardia había sido cambiada y el simpático vejete de la gorrilla ladeada estaba descansando.

-¿Qué pasa? ¿Qué quiere, señora? —preguntó con voz brusca.

—Es que... el otro cabo me dijo que podía venir hoy en la mañana a ver a mi marido.

— ¿Quién es su marido?

—Un detenido, Francisco Córdoba.

— ¿Francisco Córdoba? —preguntó el cabo sorprendido.

—Sí. Yo vine ayer a hablar con él y el otro cabo me dijo...

—Sí. sí; espérese. ¿De modo que usted es la mujer del reo Córdoba?

—Sí, yo soy.

—Muy bien, pase.

Abrió la reja y la mujer entró.

—Venga por acá.

La hizo entrar en un cuartucho donde había una mesa y una banca. Algunos grillos estaban colgados de la pared.

S ién tese.

La mujer se sentó. tímida. Había notado que el cabo le dirigía furtivas miradas, como queriendo sorprenderla. Además, su voz estaba llena de malicia. El hombre se plantó ante ella.

-¿Así es que usted quiere hablar con el preso Francisco Córdoba? —preguntó irónicamente.

—Sí, señor.

El gendarme la miró de arriba abajo y después de un momento preguntó:

—¿Usted no sabe lo que pasó anoche aquí?

—No, señor —mintió ella.

-Hubo una fuga. Los presos atacaron a la guardia e hirieron a dos soldados. Su marido fue uno de los cabecillas . ¿Usted no sabía que estaba preparando una fuga?

—No, señor, nada.

—¿No sabía nada, no? ¿Usted es de aquí del pueblo?

—No, señor; llegué ayer de Santiago.

—¿El no le dijo nada a usted?

—Si no he hablado con él.

El cabo calló, mirando a la mujer. Después le dijo, repentinamente, queriendo confundirla.:

—Usted ha venido al pueblo a preparar la fuga.

—No; él me escribió a Santiago pidiéndome que le trajera ropa y dinero. Nada más.

-¡ Um! ¡ Qué casualidad! Llegar el mismo día de la evasión. Y dice que no sabe nada. . .

La mujer, con la cabeza inclinada, sentía caer sobre ella la mirada y -las palabras del cabo. Este, con las piernas abiertas, balanceaba el cuerpo, haciendo sonar el llavero que llevaba colgado de la mano izquierda.

-¿Y usted no sabe dónde está su marido?

—¿Se arrancó? —preguntó ella, anhelantes El hombre -largó una risotada.

—No, no alcanzó a irse. Está aquí, bien guardado. Espérese un momento.

Salió y volvió acompañado de un sargento. Ante la puerta conversaron los dos en voz baja. El sargento miraba de vez en cuando a la mujer. Terminada la conversación, avanzó hacia ella y díjole:

—Usted va a quedar detenida. Necesitamos hacer algunas averiguaciones.

La mujer no protestó. Sabía que era inútil.

—Vaya con el cabo.

—Por aquí.

El cabo guió a la mujer por una ancha galería de celdas y calabozos. Afirmados en los barrotes de las rejas, mudos, tristes, algunos presos miraban a la mujer y al cabo. No hacían un movimiento ni decían una palabra; no había ni sorpresa ni pena en sus rostros. Habían perdido toda expresión y parecían formar parte de aquellas rejas, de aquellas paredes y de aquellas tablas de las tarimas.

—Está triste la gallada! —murmuró el cabo irónicamente—. Se les dio vuelta la tortilla.

Aludía al poco éxito de la fuga, atribuyendo a ello la causa del silencio y de la tristeza de los presos.

Por fin en el último calabozo de la galería fue encerrada la mujer.

Al entrar, vio sobre la tarima una frazada manchada de sangre, extendida sobre un bulto que parecía el de una persona. No dijo una palabra; pero apenas el cabo cerró la puerta y se fue, avanzó hacia la tarima, cogió la frazada de una punta y tiró hacia atrás, con miedo, temiendo ver de pronto aparecer el rostro pálido de su hombre.

El muerto no era su marido; lo tapó cuidadosamente y fue a pararse ante la reja del calabozo. Después de irse el cabo, los presos habían comenzado a hablar en voz baja, de calabozo a calabozo, y ella sentía el cuchicheo a lo largo de la galería.

Escuchando estaba, cuando cerca de ella una voz la llamó desde un calabozo:

—Señora! ¡ Señora!

—¿Qué quiere? —respondió, sin ver al que llamaba.

La voz era suave y el que hablaba parecía tener el propósito de servirla o ayudarla.

—¿Por qué la traen a usted? —preguntó.

—Vine a ver a mi marido que está preso aquí; me han dicho que anoche hubo una fuga y he sido detenida mientras hacen algunas averiguaciones.

—¿Y quién es su marido? —preguntó la voz

—Francisco Córdoba.

—¿Pancho Córdoba? Se fugó anoche con seis reos más.

—¿Se fugó?

—Sí, señora. alégrese.

La noticia corrió rápidamente por la galería. La mujer de Pancho Córdoba estaba allí! El tono de la conversación subió alegremente. La única distracción del momento la constituía el hablar de los que habían logrado fugarse.

Durante mucho rato estuvo oyendo contar los detalles de la evasión. Tranquilizóla los presos, diciéndole que su situación no era comprometedor y que tan pronto prestara la primera declaración pondrían la en libertad.

La charla de los presos la entretenía y la libraba de la horrible soledad de su calabozo, haciéndola olvidar un poco la fría presencia de aquel muerto.

Pero transcurrió el día y vino la tarde, helada, silenciosa. El rumor y el cuchicheo se fueron apagando poco a poco y por fin la mujer quedó aislada entre las paredes del calabozo. Hasta muy entrada la noche se mantuvo afirmada en la reja, de pie, sintiendo a su espalda algo molesto y extraño, procurando oír alguna voz, algún rumor de pasos, algo que la acompañara en su soledad.

Por fin sintió frío y cansancio. El viaje que había hecho desde la capital, la mala noche pasada, la falta de alimentación, la rindieron. Se levantó y haciendo un

gran esfuerzo de valor, fue hacia el muerto y tomando la frazada de una punta empezó a descubrirlo. Cuando la hubo retirado completamente, caminó en punta de pies hasta un rincón, se arrebozó en la frazada y sentándose en el suelo, se quedó profundamente dormida.

Durante cinco días permaneció en la cárcel, Sin ser interrogada. El juez había sido llamado a la capital y ella tuvo que esperar su vuelta, pacientemente, resignada con su suerte. El cabo pequeño, el vejete de la gorrilla ladeada, venía siempre a hablar con ella, a acompañarla, y procuraba entretenerla contándole historias y chascarros. Le inspiraba piedad y simpatía aquella mujer que no protestaba, que quería tanto a su hombre y que esperaba sin desesperarse. Además, el cabito había apreciado mucho a Pancho Córdoba, tan jovial, tan generoso y.. tan pillo.

A las horas de comida venía a dejarle personalmente la ración, un guisote horrible que ella no podía soportar.

—Hay que comer, hija mía. .—decíale, paternalmente—. El que no come no digiere y para vivir hay que comer y digerir. Haga un empeñito. Mire, tápese la nariz, cierre los ojos y échese una cucharadita a la disimulada.

Ella reía y consentía en comer para agradar a aquel vejete tan simpático.

Por fin, al sexto día, habiendo regresado el juez, fue llevada a declarar, y como su declaración y la de la dueña de casa donde viviera una tarde y una noche fueran satisfactorias, fue puesta en libertad.

Desde la cárcel se fue hasta la estación, sola. silenciosa, tal como había llegado, y allí estuvo sentada hasta que llegó el tren.

Cuando subió, sintió que la chistaban, llamándola. Se dio vuelta y vio, en un rincón del coche, a su marido, a Pancho Córdoba, que le sonreía tiernamente. Al verlo sintió algo dulce y triste que le oprimía la garganta y el corazón y empezó a llorar calladamente, sin sollozar, como si se propusiera no hacer ruido.

El la tomó de un brazo y la sentó a su lado, acariciándola. Estaba locuaz y hablaba alegremente:

— ¿Te tuvieron presa todo este tiempo? Yo lo suponía... Fíjate que yo me fugué con dos indios araucanos, que me llevaron en hombros cuando me cansé de correr. Fuimos a dar no sé dónde, por allá, en las montañas, a sus rucas. Me atendieron como a un príncipe, me dieron bien de comer y cuando al venirme les ofrecí dinero, los veinte pesos que tú me mandaste, no me lo aceptaron. Les pregunté cómo podía pagarles, ¿y sabes lo que me pidieron? Los forros de seda del chaqué para hacerse bolsas tabaqueras. ¡ Ja, ja, ja! ¡ Qué diablos lesos! ¿Qué te parece?

Pero ella no contestó. Con la cabeza afirmada en el hombro de Pancho Córdoba, lloraba dulcemente, sintiendo que con el llanto descansaba su corazón atribulado.

LA COMPAÑERA DE VIAJES

(A la memoria de D. ADOLFO CRENOVICH)

—¡ EH, TU diplomático! Cuéntanos algo. Una aventura sentimental, diplomática, política, de cualquier orden que sea, pero cuéntanos algo.

Rodolfo, el gringo Rodolfo, como le llamamos a causa de sus ojos azules y sus cabellos rojos, dijo:

—En la vida de un hombre normal, como yo, suceden muy pocas cosas extraordinarias o dignas de contarse.

-Ustedes me conocen y saben que, sentimentalmente, soy hombre poco romántico, soy casto; no por sistema, por temperamento. Me he enamorado sólo una vez en mi vida y la mujer de quien me enamoré es hoy mi mujer.

“¿Qué aventura sentimental o de otro orden, capaz de interesar a un auditorio como el que forman ustedes, hombres apasionados, puede contar un hombre como yo, normal, poco romántico y casto por añadidura?

—¡ Eh, no te hagas el tonto, gringo! Tú puedes ser casto, pero es de suponer que no todas las mujeres que has conocido tendrían tu mismo temperamento. Así es que déjate de explicaciones y cuéntanos alguna cosa.

—Bueno, les contaré; pero estoy seguro de que se van a reír de mí cuando termine.

—Te prometemos que no.

—Bien. Denme un cigarrillo; no, uno de esos rubios. Eso es.

“Allá va. Hace algunos años, era yo bastante más joven que ahora, atendía un consulado en una ciudad de Italia. Llevaba ya tres años allí y dominaba bastante

bien el idioma de ese país. De vez en cuando hacía viajes a distintas ciudades: Florencia. Nápoles. Turín. Venecia. unas veces por obligación de mi puesto y otras por el placer de viajar.

“Un día entre los días se me ocurrió hacer un viaje a Milán, viaje que tenía por único objeto ver trabajar a la Duse, actriz que había Visto sólo una vez en Roma, de la cual era ferviente admirador y que haría en Milán una temporada de diez funciones.

“Llegué a la estación veinte minutos antes de la partida del tren: subí al vagón, dejé en un asiento mi maleta -y mi gorra de viaje y bajé con el ánimo de comprar algunas revistas. Las compré, y cuando regresaba a instalarme, vi que en la ventanilla que correspondía al asiento que había elegido, se encontraba asomada una muchacha rubia conversando con dos jóvenes parados en el andén. Subí al coche, llegué a mi asiento, y -diciendo en italiano: "Con permiso", me senté. Dirigióme la muchacha una mirada y-yo se la correspondí con otra, miradas acompañadas de una sonrisa de amistosa cortesía, como corresponde a personas bien educadas, que, sin conocerse, tienen que viajar juntas. El coche estaba ya lleno de pasajeros. Empecé a hojear mis revistas, indiferente a la viva conversación que sostenían a mi lado las tres personas indicadas.

“Llegó la hora de la partida Piteó el tren y se despidieron los que charlaban

“—Addio! Addio!

- “ Retiróse la muchacha de la ventanilla y me interrogó:

- “— Dígame, señor. ¿este asiento del frente está ocupado?

“—Que yo sepa, no, señorita.

“—Muchas gracias. -

“Se sentó. Yo he sido siempre, no sólo con las

mujeres, sino que con todo el mundo, atento y cortés. Le dije, levantándome:

“—Si la señorita quisiera ocupar mi asiento, no tendría inconveniente en cedérselo.

“Sonrió, agradecida.

“—Muchas gracias, señor; no se moleste. “—Es que hay algunas personas —insistí—, especialmente las -señoras, a quienes marea el viajar así, mirando en sentido contrario a la marcha del tren. Y como a mí me es indiferente..

“—No, gracias; a mí también me es indiferente.

“—Bene

“—Abrí de nuevo mi revista y me entretuve leyendo y mirando las informaciones gráficas. Viajamos así durante una medid hora. Llegó el tren a una estación y se detuvo. Entonces la muchacha, extrañada, preguntó:

—¿Cómo! ¿Para aquí el tren? ¿No es éste. entonces, el rápido de Paris?

“—No, señorita —contesté—. El rápido de París partió de Turín media hora antes que este tren.

—¿Ay, madonna mía! ¡Qué contratiempo! .

—¿Qué le pasa?

—¿Pero si yo debía haber tomado el rápido de París!

“—No me parece tan grande la contrariedad. Este tren también va a Milán. .

“—Sí, ya lo sé; pero es que a mime esperan en Milán a la llegada del rápido. Mi hermano telegrafió a una familia amiga que tenemos allí, diciendo que llegaría en ese tren y que me esperaran.

—Pues llega usted a Milán, toma un coche y se va a .la casa de esa familia.

—¿Pero es que no sé la dirección!

—Ah, caramba! Eso ya es más serio. Y este tren llega a las siete de la noche...

Qué broma! ¿Qué voy a hacer ahora?

“Como no se me ocurriera en ese momento ningún medio que solucionara el asunto. me callé y volví a hojear mi revista. Pero también las revistas cansan. y las dejé a un lado, distrayéndome en mirar la campaña italiana que pasaba ante la ventanilla. Después, por un motivo o por otro, entablé conversación con mi ocasional compañera de viaje. Estaba un poco disgustada y al principio contestóme con un tono seco e indiferente. Pero después la charla la fue tomando y hablamos sobre infinidad de asuntos, contándole yo algunos viajes que había hecho por América y Europa y comentando luego asuntos generales, sin llegar a tratar el tema que tantos hombres prefieren para hablar con una mujer: el amor. Era bastante culta, muy liberal en sus ideas. justa en ciertas observaciones.

“De vez en cuando hacía ciertos gestos de enfado y contrariedad, sin duda recordando el conflicto en que se encontraría al llegar a Milán; pero en seguida le interesaba de nuevo la conversación y parecía olvidarse de ello.

Viajamos así como dos horas, hasta que llegamos a Novara. En este pueblo venden unas cajitas de bizcochos que tienen en toda Italia fama de exquisitos y sabrosos. Me levanté diciendo que iba a comprar una caja y ella me pidió que comprara una para ella.

“Bajé. compré dos cajas, me entretuve paseando un rato por el andén y subí después, entregándole a ella la caja de bizcochos pedida. La recibió dejóla sobre el asiento. abrió su cartera y sacando dos liras me dijo:

Tome usted.

¿Qué es esto?

“-Las dos liras de la caja de bizcochos.

“—Oh. no vale la pena. Yo le he obsequiado a usted esa caja de bizcochos.

atractivo, por mirar nada más, así como miraba de vez en cuando la campiña y el claro cielo del Piamonte.

“De pronto preguntó:

“—¿Qué va a hacer usted a Milán? ¿Negocios?

“—Se va usted a reír de mí. Voy a Milán solamente por ver trabajar a la Duse.

“—¡ Ah! , pues vale la pena un viaje por ese motivo. ¡La Duse!

“—¿Le gusta a usted la Duse?

“—Oh, me entusiasma.

“A mi simpática compañera de viaje también le gustaba la Duse, Eleonora, como ella decía; la había visto -trabajar muchas veces. Esta admiración mutua por la gran actriz animó nuestra charla y pareció iniciar nuestra amistad. - Reímos y hablamos entusiastamente, no ya sólo de Eleonora Duse, sino también de otras grandes figuras de la escena italiana: Zacconi, Mimí Aguglia, Novelli, Grasso, toda una galería de fuertes cabezas de tragedia, desde el intérprete de Shakespeare hasta los actores dialectales de Nápoles o de Sicilia.

“Sin embargo, en medio de la charla y cuando yo gozaba de ella con la satisfacción de tener una compañera de viaje tan agradable, sorprendía en su rostro ciertos gestos raros, algo como un movimiento de desconfianza o de defensa. Eso me enfriaba un poco y me detenía; pero después esa expresión desaparecía y la charla se reanudaba alegremente. Por lo demás, yo comprendía que eso era muy natural. No me conocía y no podía entregarse confiadamente a mi amistad.

“¿Quién era yo? Tanto podía ser un hombre de bien como un bandido. ¡ La seducción tiene caras tan plácidas y tan inocentes!

“En fin, pasó el tiempo y el tren devoró con su marcha constante los largos kilómetros, acercando las ciudades entre sí. Ya oscurecía. En un momento de

silencio, la joven consultó su reloj e hizo un gesto de impaciencia.

Dios mío! Falta solamente media hora para llegar a Milán y todavía no se me ocurre qué hacer.

Reaparecía la dificultad. Volví a mirar por la ventanilla y casi cogí una revista pero pensé que no era correcto, así como estaban las cosas, distraerme leyendo, cuando un buen compañero de viaje se encontraba en un atolladero. ¿Pero qué podía hacer yo? De repente me brotó una solución; pero una solución tan natural, tan clara, que me puse a reír solo, gozoso. -

-¿Qué le pasa a usted, ríe?

“—Río porque se me ha ocurrido una solución para su problema.

“—Vamos a ver.

"-¿Usted conoce el barrio o la calle donde vive esa familia amiga suya?

“—Sé la calle, lo que ignoro es el número.

‘—Pues bien, oiga usted. Vamos a Hagar a Milán a las siete de la noche, hora en que es peligroso que una joven como usted se aventure a buscar un número que no sabe en una calle que no conoce sino de nombre. ¿Qué hacer? A mí me parece muy sencillo. Yo voy al Hotel Continental: allí me conocen, pues siempre alojo en él cuando vengo a Milán. Usted se viche conmigo, duerme en el hotel y mañana en la mañana va a buscar a esa familia. ¿Qué le parece?

“Me quedo mirando con fijeza y después sonrió con aire pícaro. -

“—¿Ir yo al Hotel Continental con usted? ¡ Oh!

¿Por qué oh?

“—Vamos, no sea usted ingenuo. Si se figura que yo soy tonta..

"-¿Pero por qué?.

“Volvió a mirarme fijamente, queriendo encontrar en mi rostro el oculto motivo que me movía a hacerle ese ofrecimiento. ¿Qué aspecto y que impresión vería ella en mí? Lo ignoro. Sin embargo, estoy seguro de que mi cara expresaba sólo la alegría del hombre que ha hallado un recurso para sacar a un amigo de un apuro y que se lo comunica alegremente diciéndole: “Oye. ñatito, se me ocurre tal cosa”.

“Soporté su mirada sin pestañear, mirándola con franqueza. Esto la desconcertó un poco. Pero la duda persistió.

“—No, muchas gracias —dijo—. Le agradezco su ofrecimiento. Tengo aún la esperanza de que me esperarán en este tren.

“—Bueno, como usted quiera. Yo le he ofrecido a usted eso con el buen deseo de ayudarla.

“—Sí, sí, se lo agradezco.

“—No vale la pena.

“Milán. Piteo de la máquina, gritos de los mozos por las ventanillas, ofertas de hoteles -y pensiones. Me levanté, cogí mi maleta y tendiendo la mano a mi compañera de viaje le dije:

“—He tenido mucho gusto, señorita.

“—Igualmente. Addio.

“—Addio.

“Bajé. En el andén encontré al mozo del Continental, quien tomó mi maleta saludándome afectuosamente.

“—Esperaremos un momento, señor —me dijo—; voy a ver si hay más pasajeros para el hotel.

“—Bueno. esperaremos.

“Prendí un cigarrillo y me distraje mirando el ir y venir de la multitud que llenaba la estación. Pasó un momento, y de pronto, de entre los grupos de viajeros, vi surgir a mi compañera de viaje.

“Miraba hacia todas partes desorientada; la llamé.

“—¡Ah! ¿Es usted?

¿No ha encontrado a sus amigos?

“—No; seguramente, al no verme llegar en el rápido de París, han creído que ya no vendría y se han marchado. ¡Dios mío!

¿Qué voy a hacer ahora?

“Yo no contesté y miré hacia otro lado. Ella continuó mirando a un lado y otro, levantándose en la punta de los pies para ver por encima de la gente, buscando algún rostro amigo. Daba golpecitos con los pies y zamarreaba nerviosamente su maleta. Vino el mozo del hotel.

“—Andiamo, signore...

“Me volví hacia mi compañera de viaje y con tono tranquilo le dije:

“—Me voy, señorita; pero perdone usted que antes de retirarme le repita el ofrecimiento que le hice en el tren: venga usted conmigo al hotel, duerma usted allí y mañana buscará a sus amigos. Yo no me marcharía tranquilo si usted quedara aquí abandonada.

“Esta vez no me miré fijamente. Incliné la cabeza, confusa y como avergonzada, no sé si por la necesidad en que se veía de aceptar lo que yo le proponía o porque reconocía en ese momento haberme juzgado mal. Después levantó la cabeza, me miró y una graciosa sonrisa abrió y estiró sus labios.

“—Bueno, me voy con usted —dijo.

“Subimos a un ómnibus que el Hotel Continental tiene para el servicio de pasajeros. Dentro había varias personas. íbamos callados; pero de pronto ella se inclinó hacia mí y poniéndome una mano sobre el hombro, dijo, en voz baja y marcando bien las palabras:

“—Supongo que usted pedirá dos piezas en el hotel: una para usted y otra para mí.

“—Seguramente, señorita; una para usted y otra para

“No dijo nada más durante el trayecto. Llegamos al hotel. Entré en la administración y pedí dos piezas. Casualmente había dos, en el segundo piso. una junto a la otra. con comunicación. Así se lo dije a ella. Preguntó: llave la puerta de comunicación?”

“—Sí, tiene.

“—Entonces, bueno.

“Me miró esa extremada prudencia y le dije bruscamente:

“—Si quiere. pediré para usted una pieza que esté bastante separada de la mía.

“Me miró sorprendida, extrañada y como dolida por esa repentina violencia.

“—No, no; así está bien —murmuró.

“Subimos. Nos indicaron nuestras respectivas habitaciones. Entré en la mía y procedí a hacerme una ligera limpieza. Cuando estuve listo salí al pasillo y fui a golpear a su ‘puerta.

“— ¿Quién es?”

“—Yo, señorita; su compañero de viaje.

“—Up momento; ya voy. Abrió.

— ¿Qué desea usted?

“—Voy a hacerle una invitación. La convido a ver trabajar a la Duse. Como la función empieza muy temprano y ya son las ocho, no tendríamos tiempo para comer. Pero. si usted quiere, comemos algo a la vuelta en cualquier restaurante.

“Estuvo un momento pensando.

“—Bien —dijo después—. acepto. Déjeme que me arregle un poco y en seguida salimos.

“Volvió luego. bajamos y salimos a la calle.

“—Nos iremos a pie. Está cerca. -“—Bueno.

“Nos fuimos charlando. Yo iba muy contento. Me encanta pasear y conversar con una mujer que no tenga relación sentimental alguna conmigo. Va uno tranquilo, despreocupado, sin tener la obligación de mantener una actitud constante. Además, la convicción de estar realizando una buena acción, distraendo y acompañando a aquella muchacha casi perdida en la ciudad, infundía en mi ánimo un alegre desenfado tomándome locuaz y risueño, cosa rara en mí. Decía chistes, cantaba trozos de canciones italianas en boga por esa época, caminaba a grandes pasos sobre la acera, adelantándome a ella, y volvía después atrás haciendo gestos y riéndome. Concluimos por reírnos a carcajadas. De repente la tomé del brazo. Me miró asombrada y casi con disgusto. Pero a mí no me importaban ya sus miradas. Estaba alegre por mí mismo, y si ella se hubiera marchado repentinamente, no lo habría lamentado sino

- por el hecho de no tener ya con quién conversar y a quién decir bromas. ¿Qué figura haría yo ante ella? ¿Qué clase de hombre era para ella? No lo sé.

“Llegamos al teatro. La Duse representaba "Magda", de Sudermann. Durante la función se apaciguó mucho mi alegría, sobrecogiéndome el espíritu la impresión sombría de aquella tragedia. Cuando terminó, salimos y tomamos el camino de vuelta, sin hablar, impresionados

-aún. Caminamos así varias cuerdas. Me acordé de pronto que no habíamos comido y como nos encontrábamos en el centro, no fue difícil encontrar un restaurante.

- Entramos en el "Olimpia", un poco restaurante y un poco café galante, y ocupamos un reservado.

¿Qué va usted a servirse?

"-Muy poca cosa. Algo de caldo y carne fría. Café. Nada más.

- “ Yo también. No tengo gran apetito.

“—No vaya usted a pedir vino —me dijo bruscamente.

“—No, señorita; yo no bebo.

“Comimos, riéndonos del mozo que tosía y golpeaba la puerta cada vez que necesitaba entrar. Terminamos y salimos. La noche era muy hermosa, tibia. Llegamos al hotel, subimos, y antes de entrar a su cuarto, con gran extrañeza de mi parte, oí que me decía:

“—No tengo mucho sueño. Si quiere usted, yo me acostaré y después vendrá usted a charlar un rato. Pero se irá cuando yo se lo diga.

“—Bueno. Pero yo voy a ir en pijama —le dije, riéndome.

“Me miró, y en su mirada había ahora un poco de ternura, de afecto, de gratitud, no sé qué había; pero lo cierto es que sentí que algo cambiaba en ella, que su dureza para conmigo desaparecía y que yo entraba un poco, sin proponérmelo, en su corazón y en su confianza.

“—Usted es un hombre de bien —me dijo, suavemente. Y después agregó, sonriendo—: Venga en pijama, con tal de que esté limpio.

“Quince minutos después, en pijama y zapatillas, saboreando un cigarrillo, llamé a la puerta de comunicación. ¿Ustedes han viajado alguna vez, con un amigo, una amiga, un hermano, el padre, todo un día, a través de una región extranjera? Durante el viaje se han recibido innumerables emociones y se llega en la noche, cansado, a una posada o a un hotel. ¿No es cierto que por mucho cansancio o fatiga que se tenga, gusta, antes de ir a reposar, conversar un rato, comentando lo que se ha visto, lo que se ha recordado, lo que se ha sentido? Eso constituye uno de los más puros placeres del viajar y ése era el alegre deseo que yo llevaba en mi corazón cuando llamé a la puerta de su cuarto.

“—Avanti! —gritó.

“Por el sonido de la voz adiviné que ya se había

acostado. Cuando están en cama, el tono de la voz de las personas se diferencia del que tienen cuando están en pie. Abrí la puerta y una fuerte corriente de aire hizo oscilar la bombilla eléctrica y sacudió los flecos de la colcha rosada de su cama. La ventana estaba abierta de par en par.

¿Por qué tiene abierta la ventana? —interrogué. “—Por precaución —me contestó.

—¿Por precaución de qué? —pregunté, extrañado.

“—Mire, no se enfade. Pero comprenda que no puedo confiar en un hombre a quien conozco hace sólo unas pocas horas. Lo he dejado entrar a mi cuarto; pero, por precaución, he dejado abierta la ventana. En caso de que...

“No la dejé terminar. Mi irritaron dolorosamente sus palabras y pensé en ese momento que esa mujer no era lo que aparentaba, es decir, una muchacha honesta, sino una trotamundos que se estaba burlando de mí, que no intentaba ni siquiera preguntarle nada que pudiera molestarla. Fríamente, casi con desprecio, le dije:

“—Señorita, recuerde que usted me invitó a venir a su cuarto. Si ahora piensa que mi visita es inconveniente o inoportuna, con retirarme se arregla todo. Buenas noches.

“Pero no me dejé marchar. Con acento suave y persuasivo, díjome:

“—No, no se vaya usted. ¡ Jesús! ¡ Qué hombre más susceptible!

“—Procedo honradamente siempre y no me agrada que se interpreten mal ni mis palabras ni mis hechos y mucho menos que se rían de mí.

“—Pero no se enoje.. . Cierre la puerta. Venga, siéntese ahí, cerca de la cama. Perdóneme. Es usted un hombre tan raro, tan distinto de los demás, que no sé qué pensar. Sus modales, sus palabras, sus finezas...

“¡ Ay, amigos míos! Aquella mujer entró por mal camino. Habló de mí con calor, con simpatía, casi con entusiasmo, como si yo no estuviera presente, diciendo que ella no llamaba mi atención, que seguramente ella era muy poca cosa para mí, que era fea, sin gracia y que tal vez con otra mujer más bonita yo habría procedido de otro modo. Yo la miraba, la miraba nada más, sin sentir nada, ningún atractivo, ningún deseo, por mirar nada más, así como miraba, de vez en cuando y por la ventana abierta, -el estrellado cielo.

“Pero todo tiene su límite, hasta la castidad, y de pronto nos encontramos -mirándonos y sonriéndonos, callados, mirándonos con esa mirada única que lo dice todo, esa mirada profunda y húmeda, y sonriéndonos con aquella sonrisa que agranda despaciosamente la boca y que subsiste aún después que los ojos han dejado de mirarse.

“Me incliné rápidamente y la besé. Se enderezó en la cama y sacando un brazo desnudo lo cruzó sobre su cuerpo, sujetando la ropa de la cama. Yo me había parado y la miraba fijamente. “—Señor —tartamudeó--, yo soy una muchacha honrada, ¿entiende usted? , honrada. i

“Me incliné de nuevo hacia ella y le hablé, no sé qué cosas, con la boca cerca de su rostro, aspirando el olor y sintiendo la tibieza de su cuerpo. . . Después... “No sé. El hombre, por instinto o por costumbre, conoce cuándo una mujer es honrada, es decir, intacta, y cuándo no lo es. La vi tan afligida, tan asustada, que me dio pena. Pretendió jugar, sin saber hasta dónde llegaría el juego, y cuando lo adivinó le dio miedo.

“Me separé de su lecho, fui a cerrar la ventana, atravesé a largos pasos la habitación y abrí la puerta; desde allí, dándome vuelta, le dije sonriendo:

“—Ya es muy tarde. Perdone usted que la deje. Buenas noches.

“Me estaba mirando con sus grandes ojos azules, la boca abierta, anhelante. Pasé a mi cuarto y cerré la puerta despacio. Oí que decía:

“—Oiga... ,oiga...

“Pero yo ya estaba lejos. -

“Desperté al otro día cerca de las diez. Me levanté, me vestí y bajé, extrañado de qué en la habitación del lado no se sintiera ningún ruido Hablé con el administrador y éste me dijo:

“—La señorita del 21 pidió su desayuno temprano, pagó su cuenta y se marchó...

“Esta es toda la historia.

Un momento de silencio.

— ¿Y no la viste más? —preguntaron dos o tres voces a un tiempo.

—Nunca más.

-Se sintieron varios puñetazos sobre la mesa.